

EL CORREO DE ULTRAMAR

PARTE LITERARIA ILUSTRADA.



1855. — TOMO V.

EDITORES PROPIETARIOS : X. DE LASSALLE Y MÉLAN.

AÑO 14. — N° 127.

Administracion general, calle del faubourg Montmartre, n° 10, en Paris.

SUMARIO.

Movimientos de los ejércitos aliados; grabado. — Metamorfosis castellanas. — Revista de Paris. — Las carreras de caballos de Epsom en Inglaterra; grabados. — Al toque del alba. — La flor encantada. — Correspondencia del teatro de la guerra; grabados. — La casita del Soto. — Palacio de la Industria; grabados. — Los caraitas de la Crimea. — Concierto monstruoso en 1615. — Exposicion universal de bellas-arts; grabado.

Movimientos de los ejércitos aliados.

Hé aqui la nota que acompañaba al envío del adjunto dibujo que representa una marcha de tropas turcas por entre el campamento del cuartel general :

« Dos divisiones de infantería turca acaban de salir de Kamiesh en direccion á Balaklava. Compónense de 15,000 soldados que son los hombres mas hermosos que he visto jamás en un regimiento. Muy pocos entre los

simples soldados llevan condecoraciones ó medallas, pero hay muchos oficiales que las poseen, lo que prueba que han combatido ya contra los moscovitas. Tenian que hacer una larga jornada y su calzado no era el mas cómodo para andar por un camino pedregoso y desigual, mas sin embargo pocos de esos hombres iban rezagados. El coronel y los dos mayores á la cabeza de cada regimiento perfectamente equipado, montaban caballos pequeños pero muy briosos y ricamente en-



Marcha de tropas turcas de Kamiesh á Balaklava.

aezados, y les seguían los porta-pipas (*pipe bearers*) y sus criados. Las mulas con las tiendas marchan á la derecha y la artillería á la izquierda. Las dos baterías que he visto consisten cada una en cuatro cañones de 24 y dos piezas de campaña; las cajas de municiones eran toscas y pesadas; cada pieza llevaba un tiro de seis buenos caballos. Los forrajes iban á retaguardia, y los regimientos marchaban en columnas por compañías en mitades. Uno de los regimientos llevaba carabinas Minié, tomadas en las manufacturas inglesas; sin embargo, la mayor parte de los soldados iban armados con fusiles de chispa, pero todos muy bien cuidados y brillantes.»

Metamorfosis castellanas.

FABULA II.

EL MATRIMONIO DE PIEDRA.

Es la Rioja una de las comarcas mas bellas, mas pobladas, y mas fértiles de España: así *nemine discrepante*, lo propalau los de la tierra y lo confiesan los forasteros; y aun sería mas celebrada si mejor fuese conocida. Poco dados al comercio sus moradores; no muy floreciente allí la industria, limitada á los oficios mecánicos de primera necesidad y á la fabricacion de paños ordinarios en Ezcaray y otros puntos; mal dotada de caminos carreteros y en pésimo estado generalmente aun los de herradura; distante de la costa cantábrica veinte leguas por donde ménos se aleja de ella, y mediando cincuenta hasta Madrid desde su confin oriental, que es el mas cercano á la metrópoli de las Españas, no es de admirar si tibiamente excita la curiosidad de los viajeros. Fuera de los cortos destacamentos de tropa á que ofrece tránsito su escasa importancia militar, aun los pocos viandantes que suelen visitarla lo hacen á despecho suyo, anhelosos de aliviar sus dolencias con las aguas minerales de que, para ser en todo abundante aquel privilegiado suelo, le ha dotado la naturaleza.

Amen de lo dicho, contentos los riojanos con su modesto bienestar (por no acusarlos de desidiosos en demasia), agricultores los mas, pastores otros, ó tejedores, ó molenderos de chocolate, ó arrieros, cuyas expediciones apenas traspasan los límites de la provincia, son muy apegados á sus costumbres casi primitivas, y como no sea para ir al mercado próximo, á tal cual fiesta de pueblos comarcanos, ó á algun partido de pelota, ejercicio en que rivalizan con navarros y vizcaínos, no se apresuran á gastar la poca plata de que disponen en busca de placeres que no envidian, y comodidades que no conocen. La propiedad está allí muy dividida: aun entre los jornaleros, ménos numerosos en la provincia de Logroño que en otras, hay muchos que cultivan, propio ó arrendado, ya un pedazo de huerta, ya un majuelo, y en todo el país, principalmente en la Rioja baja, son muy contados los que pueden llamarse pobres de solemnidad. No tan viciosa y apacible la sierra de Cameros, incorporada en parte á la Rioja desde la última division territorial, sus habitantes son algo mas aventurados y aventureros, y (cosa que á los ribereños del Ebro, del Alhama ó del Iregua parecería empresa de Argonautas) se atreven á peregrinar adolescentes hasta la heroica villa del oso y el madroño, donde, por lo avisados y fieles que son á toda prueba, los reciben á dos manos para borterar todo género de mercaderes, especialmente los de especias.

Nacido yo en aquel paraíso castellano, que así puede calificarse, no llevaré, sin embargo, mi entusiasmo filial hasta el punto de considerarlo superior en fertilidad, riqueza y hermosura á los cármenes de Granada, á los banales de Murcia ni á los vergeles de Valencia. No pediré, como lo hizo algun paisano mio, la filiacion de mis abuelos á los archivos de Persia por mas que en las huertas de mi pueblo maduren con infinita y gustosa variedad melocotones y alberchigos, que diz vinieron de la patria de Dario; ni cuando en la *Rioja* hay un *rio Oja*, que sencilla y naturalmente ha dado nombre al territorio, me hilaré los sesos y cegaré en los archivos para cerciorarme de si en efecto un tal *Oca*, hijo de aquel nada glorioso monarca, de tan lejas tierras vino á sacar de pila á mi departamento. Antes el nombre de *Celtiberia* con que toda aquella parte de Castilla y mucha de Navarra y Aragon vienen de mucho tiempo atrás nombradas y descritas, autoriza á creer, y vetustos monumentos lo atestiguan, que los *celtas* y no otros fueron los que primero por buenas ó por malas se unieron y mezclaron con los indígenas.

No es tan obvia ciertamente la etimología de mi villa natal, cuya fundacion se pierde como suele decirse, en la noche de los siglos; y quien lo dude que vaya á verla: ella misma está dando fé de su fabulosa antigüedad, y tanto, que el Cierzo, mucho antes de las guerras púnicas, hubiera hecho con ella lo que Escipion con Cartago; á no haberla amparado tanto por aquel cuadrante la previsor industria de sus pobladores. Verdad es que ni Tito Livio, ni Strabon, ni Silió Itálico, ni Pomponio Mela, ni el itinerario de Antonino hacen mencion de la especie de pronombre que le da nombre. *Quel* (ya es tiempo de decirlo), *Quel* se llama el lugar de mi nacimiento, digno en verdad de ser distinguido con ménos ruin vocablo, como pronto lo veremos. Es un gusto ser natural de un pueblo polisílabo, se llena uno la boca con su nombre, y todo el mundo queda

enterado cuando un quidam dice, por ejemplo, soy de *Casarabonela* ó de *Medina Silonia*. Pero pregunte Vd. á un *quelense* de dónde es; responderá de *Quel*, y si de intento no pronuncia con fuerza la *ele*, creyendo el preguntante que el preguntado es sordo ó no le ha comprendido, replicará «que de *qué* pueblo es Vd.» y para que al fin lo sepa, será preciso deletrearle el nombre, ó dársele por escrito.

Documentos fehacientes del décimo siglo de nuestra era, que ya, dicho sea de paso, confirman de razonablemente antigua á mi parroquia, la intitulan *Kelle* y en otros se lee *Kell*. ¿Vendría á morar en ella alguna colonia de hijos del Rin, á cuya orilla hay una aldea llamada *Kehl*, y ha habido hasta hace pocos años una fortaleza del mismo nombre? ¿Se avecindarian en la Rioja algunos emigrados de *Kells*, ciudad de Irlanda, ó gentes de las playas del Báltico, donde se alza (-y el almirante Napier no me dejará mentir) el puerto de *Kiel*? Averigüelo Vargas, y con él los lingüistas y los anticuarios; y por si les hace al caso para tan interesantes investigaciones, les aviso que no muy remoto de aquellos andurriales paga líquidos pechos al Ebro caudaloso el sobrio rio *Queiles*. No es este, sin embargo, el que da fruto á los camuesos de mi lugar, sino el pródigo *Cidacos*, que de una de las próximas montañas baja por Enciso á Arnedillo y amenizando despues los términos de Erce, Arnedo, Quel, Autol y Calahorra, desagua, tambien en el Ebro muy cerca de esta célebrima ciudad. *Cidacos* suena como á nombre griego, al paso que el de *Quel* ó *Kelle* á esclavon ó teutónico, y Calahorra, ó sea *Calagurris*, que dista de mi campanario tres leguas cortas, pertenece á un lenguaje que dió muchos quebraderos de cabeza á los sabios numismáticos Agustin, Florez y otros, sin que hasta ahora hayamos aprendido siquiera su alfabeto: nuevas dificultades para inquirir los venerandos orígenes de aquel nobilísimo solar.

Pero ¿y el *Matrimonio de piedra*? dirá el curioso lector. Pesado va siendo ya como ella el artículo, y aun no nos ha dicho Vd. jota del prometido consorcio. — Un poco de paciencia; que todo se andará, y se me habrá de permitir todavía que como preliminar necesario, brevemente describa mi susodicho pueblo y sus alegres contornos.

La villa... Rectifico: las villas de Quel; que hasta poco ha fueron dos en una (la de Suso y la de Yuso, cada cual con su jurisdiccion correspondiente) constituyen una poblacion de unas dos mil almas, tendida no muy cómodamente que digamos á la falda de una robusta peña de duro granito que, situada al Norte, se eleva perpendicular hasta ciento veinte varas, y en cuya cima, caprichosamente festoneada, señoreaba la llanura un castillo, ó mas bien atalaya, de romanos, de la cual solo quedan ya destartaladas y pobres ruinas, por haberse empleado sus materiales con la evidente utilidad de que en breve harémos mencion. Esta peña, ó porque así la crió Dios, ó por la accion del tiempo y los elementos, ó por las manos del hombre, pierde, no se sabe desde cuándo, la mayor parte de su altura á Levante y á Poniente donde concluyen las casas, sirviendo á varias de pared posterior, y aun de cocina y dormitorios á algunas, y continuando luego á derecha é izquierda, va decreciendo hasta igualarse con el llano en Arnedo y en Autol, como por el Norte en el que conduce á Calahorra. Delante, esto es, al Mediodía, y á unos cuatrocientos pasos del caserío (no de los peores de Castilla) corre por entre huertas exuberantes de sabrosas hortalizas, ricas legumbres y regaladas frutas el *Cidacos*, cuyo álveo, sin defensa alguna natural ni artificial, se ensancha mas de lo que convendría á aquellos honrados labriegos, castigados con frecuentes avenidas. Al márgen opuesto hay otra peña paralela á la ya citada; no tan alta, pero mas tratable, y tanto, que fácilmente y á poca costa han podido labrarse en ella sobre trescientas bodegas, número casi igual al de los vecinos, y algunas muy espaciosas. Tal es la cosecha de vino recogida en una vasta llanura á espaldas de las bodegas, que para ella ha sido necesario fundar una nueva poblacion; y es de notar que bastando al culto del Salvador una mediana iglesia, con el apéndice de una triste hermita en el campo, Baco tiene allí mas templos que tuvo en Grecia. Para visitar estos diónisiacos adoratorios, cosa que á muchos, y muy á menudo acontece, se trepa por una cuesta, no de largo camino, pero digna rival en lo ardua y pedregosa y resbaladiza de las que escalan el Pirineo ó las Alpujarras; y si es de admirar que ni hombres ni animales se despeñen á la subida, el no precipitarse á la bajada (por razones que no se ocultarán al discreto lector) téngolo por maravillosa maravilla.

Para el paso del rio, que de ordinario lleva poco caudal, y éste mermado por los molinos y por el riego, sobran en las tres cuartas partes del año cuatro maderos sobre otras tantas estacas y encima algunas espuestas de tierra; pero á lo mejor se le hinchan las narices al buen *Cidacos*, como á otros mas humildes, y entónces hay que atravesarle á nado, ó andar media legua larga para salvarle por el puente de Arnedo ó el de Autol; y aun sin que aluviones ó temporales le desborden, como el cauce es tan ancho, ó por mejor decir, no tiene ninguno, varia de curso á su antojo dejando en seco el puente afanosamente construido, ó se divide en tres ó cuatro ramales, y no hay medio de sujetar á niño tan travieso é indisciplinado. Así pues, el puente y el rio parece que se divierten en jugar al escondite. Para reconciliar á este matrimonio mal avenido (todavía no es el de *piedra*) se trabajó hace cosa de seis lustros en ahondar un poco lo que se quiso que fuese madre de

aquel hijo extraviado, se hicieron otras obras hidráulicas tan menguadas como los propios y arbitrios de la villa, y por último se emprendió la hercúlea, la titánica de deshacer el castillo para hacer con sus solares un puente, que en firmeza y solidez iba á dejar muy zaguero al famoso de Alcántara á juicio del Ayuntamiento y prohombres del vecindario; pero como no tenia muros ni malecones en que apoyarse, la primera tempestad se lo llevó, y nos quedamos sin puente ni castillo.

Rebajada la peña grande á la salida del pueblo, rio abajo, pero ríscosa, escarpada y extravagante, presenta grotescas sinuosidades donde anidan multitud de pájaros nocturnos, y figuras tan extrañas como las que forman á veces las nubes; pero las mas singulares son dos peñascos casi contiguos, el uno como de diez varas y el otro como de ocho de elevacion, que á pocos pasos del camino de Autol y ya en término de esta villa, suspenden y asombran al caminante, porque á cierta distancia ofrecen la mas perfecta semejanza con dos enormes gigantes, hembra y varon, ó si se quiere, marido y mujer. Aun acercándose mucho á ellos no se pierde por completo la ilusion; que si ya no aparecen distintamente dibujados los miembros, sorprende todavía lo mucho que se aproximan en su conjunto á la estructura humana aquellas colosales estatuas, capaces de poner horrible espanto aun en ánimos esforzados, como ya ha sucedido, cuando, sin previa noticia de este no comun fenómeno, son vistas por primera vez, sobre todo á la luz de los crepúsculos. Ahora bien, á estos dos pasmarotes llaman los del país el *Picuezo* y la *Picueza*, y yo con la autoridad de Publio Ovidio Nason, y el beneplácito del señor D. Aureliano Fernandez Guerra y otros buenos amigos que me han contagiado en la inocente aficion á la literatura metamórfisica, he dado en llamar á esta pareja perdurable *El Matrimonio de piedra*.

Bien sé que los doctos (aunque pudieran muy bien dar una en el clavo y ciento en la herradura) explicarian con mas verosimilitud este doble accidente pétreo acudiendo á las leyes de la naturaleza, que yo engolfándome en los portentos de la fábula, ó dando nimio crédito á consejas tradicionales. En la misma peña que abriga á mi pueblo se ven desde puntos determinados otras inauditas curiosidades: por ejemplo, la que llaman el *anteojo*, y es un taladro natural que por uno de los extremos de la roca deja ver la luz del cielo, y mas al centro, un fraile hecho y derecho con su capucha y todo. ¡Digo; me parece que esta vision no deja de ser pieza curiosa en la España de 1853! Sin duda la misma peña en cuestion, y la de en frente, y las que sirven á Autol de cimientto y embarazo, y mis dos casados inseparables, y las demás particularidades que he apuntado, sin otras muchas que omito prueban que, en siglos á que no alcanzan los mas antiguos anales, trastornó aquel pintoresco territorio alguno de los formidables cataclismos con que de tarde en tarde muestra Jehová al orbe pecador su poder inmenso y su cólera tremenda. ¿Fué un terremoto, que abrió profundas simas, cegó acá é hizo brotar allá copiosos manantiales, dividió montes y vomitó volcanes? Las condiciones geológicas de aquel distrito, las aguas termales de Arnedillo, á tres leguas de Quel, que en fuerza, en abundancia y en virtudes medicinales no son inferiores á las mas afamadas de su clase en otras naciones; las muy semejantes de Fitero, que solo distan de aquellas una jornada de recua, y las saluferosas de Grávalos (la antigua *Gracurris*), no ménos salutíferas en su línea, y tambien muy cercanas á las referidas villas de Suso y Yuso; y en fin, la misma feracidad del terreno, atestiguan que sus entrañas abundan en materias inflamables, y vivos están muchos de mis paisanos que sufrieron mortales angustias y lloraron catástrofes tuyas ó ajenas en los repetidos y destructores terremotos que en 1817 afligieron á los pueblos de aquella ribera. Pudieron pues otras mas serias trepidaciones y *pronunciamientos* subterráneos, aunque lo callen las crónicas, variar esencialmente la superficie de aquel átomo del globo sublunar, y convertirse en fértiles llanuras los que ántes fueran últimos estribos de la inmediata sierra de Yerga, y quizá nacer entónces ó variar de derrotero el pimentífero *Cidacos*: tal vez la lava de olvidados Vesubios asoló por de pronto y benefició despues el espacio que media entre la peña de Quel y la mas eminente, pero estéril y fria de Isasa: acaso fueron ríscosos breñales los que hoy plácidos viñedos y pingües olivares, y puede, en fin, que la agitada y revuelta naturaleza abortase los dos amartelados consortes, cuya modestia no sospechará siquiera este mi tributo de cariño y veneracion.

Hay empero (con permiso de los geólogos) otra tradicion, ó si mas place, otro mito que atribuye al diluvio universal (segun la Biblia en el concepto de algunos peritos, y en el de otros segun Hesiodo) la transformacion de mi país y la metamorfosis del *Picuezo* y la *Picueza*.

En una conferencia que (visitando por última vez mi hogar paterno) tuve con el domine de Préjano y el sacristan de Turruncun, ambos muy versados en historia y arqueología, convinieron los dos en que los consabidos cónyuges vivieron en carne humana y santamente cohabitaron ántes de su secular petrificacion, si bien ni uno ni otro anticuario habian podido rastrear todavía sus nombres verdaderos, porque los de *Picuezo* y *Picueza*, poco adaptables á su justa celebridad, son evidentemente apodos con que hoy los designa la ignara plebe. Tambien estuvieron conformes domine y sacristan en que mis héroes no debieron de ser ante-

diluvianos, porque ni pertenecieron á la familia de Noé, ni constan empadronados entre los contemporáneos de Prometeo; pero á pié juntillas afirmaron que en época no muy posterior á cualquiera de los dos diluvios (el ortodoxo y el gentil) nacieron y vivieron, no sé cuantas centurias de años, para ser raro ejemplo de buenos casados. Añadían que, de puro firmes en su ternura conyugal, llegaron á petrificarse, por permisión del único Dios verdadero según el sacristán, ó por decreto de Júpiter y comparsa en opinión del dómine, convirtiéndose en estatuas para perpetuar en los siglos venideros la memoria de matrimonio tan compacto. Citaban además uno y otro erudito en apoyo de su doctrina personajes en quienes se operaron transformaciones mas ó menos análogas; á Atlante, Encéado y Niobe el pedante de Préjano, y el chupalámparas de Turruncun á la mujer de Lot y al Convidado de piedra.

Yo les di la razon, tan fidedignas y luminosas eran las que aducían, aunque á fuer de aspirante á poeta me inclinaba mas á la version del pedagogo; y aun aventuré tímidamente mi parecer de que los sempiternos esposos pudieron ser aquel *Filemon* y aquella *Baucis*, cuya hospitalidad fué tan grata á Jove y á Mercurio, como á Himeneo su reciproca é impermeable fidelidad. Al pronto acogió mi idea con entusiasmo el insigne preceptor; pero luego la desechó recordando que solo nos representa la mitología á aquellos ejemplares huéspedes surcados de arrugas y agobiados por la vejez, mientras los colosos de Autol dan indicios de la mas lozana juventud. « Pero; pecador de mí! continuó, ¿á qué colgar el milagro á aquellas dos miserables senectudes cuando la propia teogonia pagana claramente nos indica... Sí, sí, el Picuezo y la Picueza fueron los mismitos *Pirra* y *Deucalion*, jóvenes desposados que merecieron ser únicos sobrenadantes y sobrevivientes en aquella universal inundacion. Consta que por mandato de los dioses repoblaron el mundo convirtiendo las piedras en hombres y mujeres, y por un viceversa muy lógico y hacedero, ellos, sin duda, terminada su fatigosa tarea, se metamorfosearon de hombre y mujer en piedra macho y piedra hembra, con el doble objeto de erigirse en monumentos de sí mismos, y de ser un recuerdo vivo, digámoslo así, de aquella prodigiosa trasmutacion, por mas que á mí me duela y sonroje el confesar que soy de origen berroqueño. »

Me convenció la ingeniosa explicacion del gramático, y con ella y bajo su responsabilidad y la del respetable funcionario de Turruncun, comunico á mis lectores esta noticia, no menos auténtica que muchas de las que circulan sin contradiccion, para que sepa el que lo ignore que no anda tan perdida y asendereada como se cree la cofradia de San Marcos, pues aun existe un matrimonio modelo de amor y concordia; aunque no respondo yo de que lo fuera conservando su primitiva naturaleza. Consta además (y bueno es decirlo todo) que Picuezo y su mujer, ó sean *Deucalion* y *Pirra*, no han conocido suegros, cuñados ni primos, ni asistido á ninguna de las muchas comedias del teatro moderno que á porfia han declarado encarnizada guerra al séptimo sacramento.

MANUEL BRETON DE LOS HERREROS.

Revista de Paris.

El domingo último fué dia de gran entrada en la Exposición Universal. El Emperador quiso que el pueblo de Paris pudiese satisfacer su legítima curiosidad en los primeros dias despues de la apertura, y con este fin señaló una indemnizacion á la compañía para que abriera el domingo las puertas á la muchedumbre ansiosa de contemplar las maravillas industriales y artísticas de todos los pueblos reunidas hoy en las vastas construcciones de los Campos-Eliseos. De las nueve de la mañana á las cinco de la tarde, entraron en los palacios de la Industria y de las Bellas-Artes mas de cien mil personas. A eso de las tres, en el momento en que habia mas gente en el palacio de la Industria, el edificio contenia veintinueve mil personas.

Entretanto el Emperador hacia los honores de las carreras de caballos de Chantilly á su primer huésped coronado el jóven rey de Portugal, que habia llegado á la capital el dia ántes. Este verano todo serán fiestas, y por poco que los valientes ejércitos de la Crimea continúen la victoriosa campaña que han comenzado ya, como se espera, viviremos en una serie no interrumpida de placeres. Al mismo tiempo que Versalles dispone sus regios aposentos, el palacio municipal de Paris se encuentra entregado á los organizadores de las brillantes fiestas que deben darse en el próximamente en loor de los extranjeros. Aquí se preparan además, las habitaciones que han de ocupar el lord-corregidor de Londres, los sherifs y los alderman de la Cité á quienes el señor prefecto del Sena ha ido á ofrecer hace poco la hospitalidad de la villa de Paris. Pero esto no es bastante; la administracion municipal ha tomado tambien en alquiler un palacio que será amueblado de un modo suntuoso para algunos ingleses de distincion y para los miembros de las corporaciones de la Cité de Londres. El lord-corregidor llegará á Paris en los primeros dias de junio. En suma, ántes de un mes Paris será el punto de reunion del mundo europeo, y se prepara á recibir á sus visitantes de una manera espléndida.

Por el pronto, lo que ya podemos señalar sin temor de caer en la exageracion es una afluencia de ingleses sin ejemplo. Media Inglaterra está en Paris y puebla las Expo-

siciones, las diversiones públicas, las calles, los paseos, y sobre todo las fondas y casas particulares donde se admiten huéspedes. Es verdad que los ingleses además de estar cerca, tienen cierta aficion á la existencia parisiense, como lo prueba el crecido número de ellos que se encuentran establecidos en esta capital, refugio de tantas opulencias extranjeras. Dias pasados han podido asistir al entierro de M. Hope, cuyo palacio, que se va á poner en venta á fines de este mes, es hoy objeto de una peregrinacion curiosa.

Se ha hablado tantísimo en Paris de las riquezas amontonadas en esa habitacion régia, de las copas de oro, de los candelabros de oro y de los espléndidos salones de ese difunto millonario, que todo el mundo quiere ver esa residencia maravillosa. Dícese que el palacio, costó con sus muebles y adornos, como unos seis millones de francos. En nuestro tiempo, cuando todo el mundo se queja en Paris de la carestía de los cuartos, M. Hope pagaba un alquiler de 1,000 francos diarios y no se quejaba; hermoso ejemplo de desinterés que parece es el único que ha legado. Pero lo que mas llama la atencion en medio de tanta opulencia, es un vasto salon que no se habia abierto desde 1848, y cuyo lujo en vano se buscaria en el palacio de ningun soberano. Las paredes están colgadas de las mejores telas de Cachemira que pudieron hallarse, y hay allí veinte candelabros que costaron cada uno veinte mil francos. Lo demás es correspondiente.

Nótase en esta suntuosa morada un objeto de arte extraordinario, un piano que es una verdadera maravilla de escultura en madera. Este enorme piano de cola se halla cubierto por un bosque de palmeras, de enredaderas y de plátanos, donde una porcion de amorcillos se columpian, se agarran á las flores y trepan sobre leones fantásticos. La caja del instrumento descansó sobre las ramas entrelazadas de los árboles. Es un cuadro admirable esculpido en relieve y enteramente dorado, como es de suponer, según el gusto del difunto por este color halagüeño. ¿Qué príncipe del santo imperio, qué gran señor podrá habitar en ese palacio encantado? Si no hubiera en Paris banqueros ni industriales, la morada de M. Hope podría permanecer vacía de habitantes; pero en nuestros dias, un palacio de seis millones no es cosa que asusta á los hombres de dinero. Se cuenta que un célebre especulador hizo últimamente el inventario de su fortuna y reconoció que en el espacio de quince años habia crecido hasta llegar á formar la suma respetable de ochenta y cuatro millones de francos. Hé aquí un buen postor para el palacio del difunto M. Hope.

Ya que estamos en el capítulo de necrología, llamamos la atencion de nuestros lectores sobre los siguientes apuntes biográficos de una mujer célebre en su condicion, cuya muerte acaecida recientemente han señalado estos dias los periódicos. Es una historia singular y muy cierta á pesar de su forma anecdótica.

María N..., cantinera del 76, era hija de un valiente oficial que murió al principio de la campaña de Italia. La pobre jóven que se quedó sola sin otro sosten que su valor, su humanidad, su hermosura y una virtud á toda prueba, se halló rodeada en breve de un crecido número de adoradores. La buena muchacha principió por contarlos, y despues de haber eliminado los que no se explicaban categóricamente con respecto al santo lazo del matrimonio, se encontró con que la quedaban diez pretendientes.

Los enamorados la instaban para que eligiera, y María citó á cada uno de ellos en un mismo lugar y á la misma hora. Todos acudieron como es de suponer; pero ninguno al marchar á la cita la hizo la injuria de sospechar una buena fortuna, que de antemano se hallaba desmentida por los antecedentes de la que designaban en el regimiento con el nombre de la Casta María.

Sin embargo, al encontrarse reunidos en número de diez, todos cabos, y sargentos del mismo cuerpo, y sin embargo, todos ellos rivales, la sorpresa de aquellos hombres chasqueados, por decirlo así, amenazaba fuertes borrascas; afortunadamente llegó pronto la jóven y conjuró la tempestad ántes de que estallara.

— Habeis acudido fieles á la cita, mil gracias os doy, les dijo con un tono cariñoso y familiar cuyo imperio ella sola conocia; así pues, dejemos á un lado la fatuidad, la coquetería y la perfidia, y que todo se arregle aquí como entre buenos camaradas; además, sois mis únicos amigos y os he llamado para pedirlos consejo. Todos vosotros me habeis enviado declaraciones de amor... ¿porqué no he de decirlo? Y sino desmentidme: ¿es verdad?

— Sí, es verdad, contestaron los diez pretendientes.

— Todos vosotros quereis casaros conmigo sinceramente, como lo manda la santa madre Iglesia, ¿no es cierto?

— Es muy cierto, respondieron los diez enamorados.

— Muy bien, repuso María con un tono mas tierno y mas alegre; sin embargo, yo no puedo casarme mas que con uno, y todos teneis derechos iguales á mi gratitud, y quien dice gratitud dice amor en el corazón de la que á justo título llamas la Casta María.

Los diez militares hicieron una señal de asentimiento.

— Tú, mi brillante furriel, me amaste el primero, lo que deberia valerte un par de galones de oro, dijo la cantinera; tú, mi valeroso sargento, con tus veinticinco años y tu cruz de honor merecerias una duquesa; tú, mozuelo seductor y galante, me salvaste de las manos de los austriacos, de modo que te debo alguna cosa; y tú, soberbio tambor mayor cuyos siete piés de estatura me recuerdan el campanario de mi aldea, ¿cómo podria no distinguirme entre todo el mundo?

Los militares se reian de todas veras con las alegres salidas de la jóven, que despues de haber pasado revista general á los títulos de sus pretendientes exclamó reasumiendo:

— Ya veis que la eleccion es imposible, pues no quiero que haya entre nosotros ningun motivo de discordia, pero

lo gobernaremos de otro modo, añadió prontamente; la guerra debe principiar en breve y el *Petit Caporal* ha jurado que ántes de un mes haria su entrada en Viena. En Viena, pues, prometo casarme con aquel que durante la campaña se haya distinguido mas que los otros; mi corazón, mi vida, los únicos tesoros de la pobre huérfana, le pertenecerán mientras yo exista... los que acepten este convenio, aquí está mano.

Y María extendió su blanca mano á los diez militares.

A estas palabras caballerescas resonó una salva de aplausos; las manos se estrecharon, se destaparon algunas botellas, y se brindó á la gloria y al amor inseparables ya para ellos.

— ¡A Viena! repitieron por última vez los enamorados militares.

Dos meses despues el ejército hacia su entrada victoriosa en la capital del Austria; pero el 76 habia pagado sus prodigios de valor con mucha sangre. El cabo furriel, uno de los diez enamorados de María, perdió ambas piernas, pero al caer á la vista, y por decirlo así, en los brazos de la hermosa María, exclamó:

— De los nueve pretendientes que te quedan, ocho serán mas dignos de lástima que yo, porque vivirán.

Estas pocas palabras que encerraban todo un drama de amor fueron bien oidas por la cantinera.

Pocos dias despues se veia puesta una mesa de once cubiertos en una taberna de los arrabales de Viena. María fiel á lo prometido, y mas hermosa aun con la secreta tristeza que velaba sus ojos, habia convidado allí á sus pretendientes.

Ella fué la primera que saludó con una lágrima y una palabra de dolor al infortunado hermano de armas cuyo puesto se hallaba vacío, y luego se habló de los episodios de aquella campaña tan corta y sin embargo tan gloriosa, y de las esperanzas, de los derechos de cada uno á los favores y á las recompensas, pues cada cual creia poseer un título á la felicidad que todos ambicionaban.

Sin embargo, el banquete se resentia de cierta tristeza; María habia perdido mucho de su alegría; sus palabras ordinariamente vivas, joviales y agudas, se hallaban impregnadas de cierta melancolía cuando llegaron los postres.

Sin esperar ninguna indicacion, María llenó su vaso, se levantó y dijo:

— Hermanos míos, escuchad por última vez y sin interrupciones á la cantinera del 76; hablemos con el corazón en la mano: ¿qué seria para vosotros con el título de esposa la jóven pobre y sin educacion?... Un obstáculo para vuestra fortuna, una humillacion ó un remordimiento; yo he visto llorar á mi madre, y me acuerdo muy bien de lo que sufría. Esta mano que me habeis hecho el honor de pretender, yo se la doy al que la necesita para sostenerse y quizás para ganar su sustento. Mi eleccion es otro homenaje á la fraternidad de las armas, pues recae en el mas infortunado de vosotros: brindemos pues á la salud del pobre mutilado tendido en su lecho de dolor en el hospital de Viena, donde voy á encerrarme ahora mismo para morir allí ejerciendo las humildes funciones de enfermera, ó para salir siendo esposa legítima del inválido.

Y llevó el vaso á su boca, pero anonadada con el peso de sus emociones, pues en aquella sublime resolucion habia una separacion eterna, cayó como aletargada sobre su silla.

Ninguna voz protestó contra aquel noble sacrificio, ántes bien los soldados contestaron con sollozos á las palabras de la heróica María.

Diez dias despues la antigua cantinera del 76 recibia una carta con el sello imperial: Napoleon que sabia descubrir y recompensar todas las virtudes, dotaba á la jóven con una renta de 1,500 fr. que ha recibido hasta el dia de su fallecimiento.

MARIANO URRABIETA.

Las carreras de caballos de Epsom en Inglaterra.

Epsom es el Chantilly de la Inglaterra, ó mejor dicho, Chantilly es el Epsom de la Francia. En todo lo concerniente al turf no hay comparacion posible entre ambos países; los ingleses saben criar y hacer correr los caballos mejor que los franceses. Tienen mejores razas que estos, y gastan para mejorarlas ó pierden en apuestas cantidades mucho mas crecidas; en este punto su superioridad es conocida.

El *turf*, palabra inglesa que significa yerba ó césped, es una ciencia complicada, que comprende todo lo relativo á las carreras, así lo malo como lo bueno. Por consiguiente enseña á mejorar la raza caballara así como á pervertir la raza humana; nos explicaremos.

Entre otros resultados deplorables, las carreras de caballos han tenido la de estimular la pasion del juego. Cada año son mas crecidas las apuestas, que á veces se elevaron á muchos millones para una sola carrera. Cuando estas cantidades pasaron cierto limite, la prohibicion atravesó tambien los limites de la conciencia y de la ley penal, y se emplearon las maniobras mas desleales para satisfacer el amor propio ó el ansia de la ganancia. El mismo príncipe de Gales, (Jorge IV) no se avergonzó de sobornar jockeys, y cuando un futuro soberano se permitia semejantes infamias, ¿qué se debia esperar de los inferiores? Por si alguien desea pruebas, hé aquí un ejemplo:

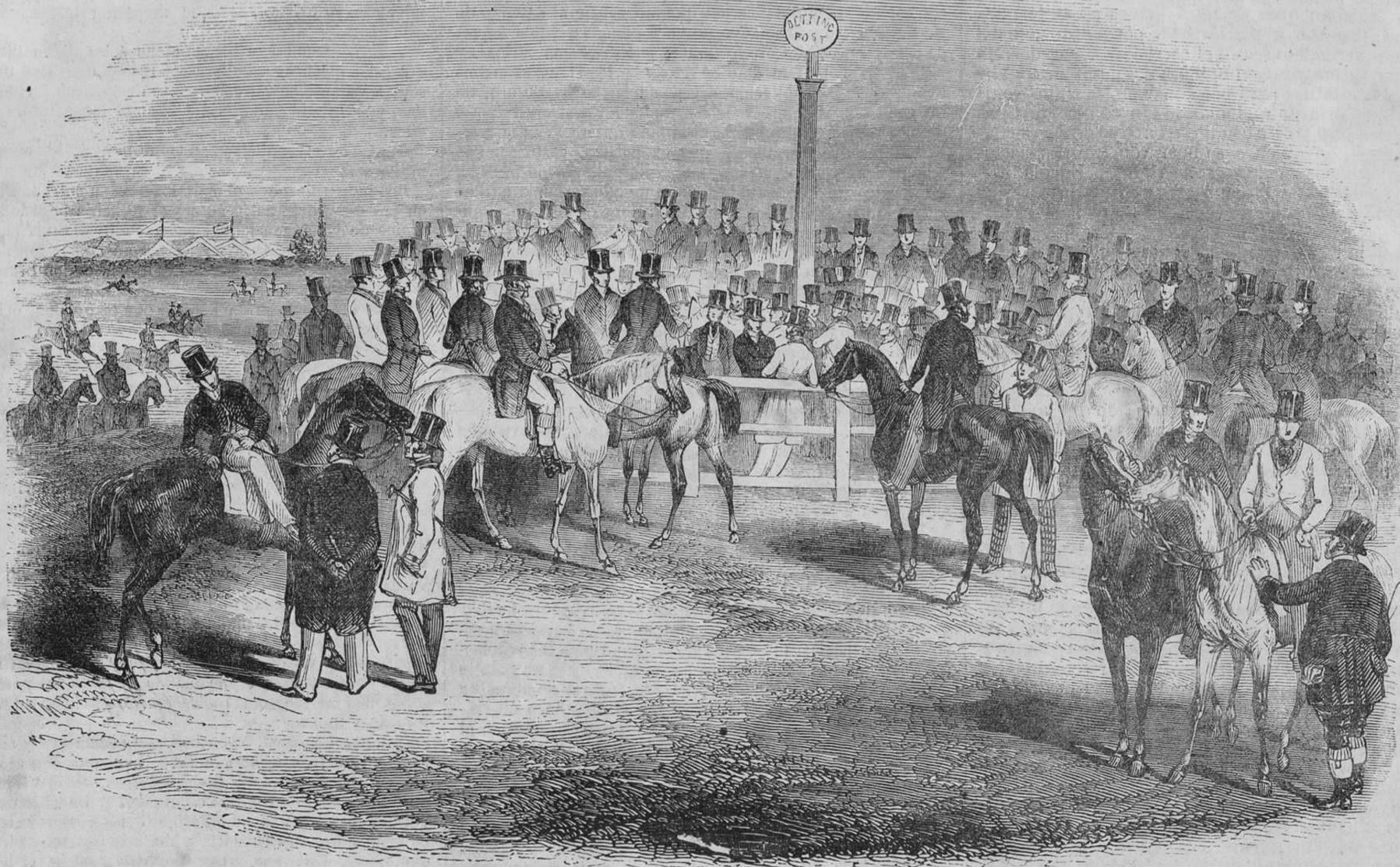
Un dia su jockey fué al duque de Queensbury y le dijo:

— Nuestro adversario para la gran carrera de mañana me ofrece 600 guineas si os hago perder.

— Aceptad, le contestó su amo, que yo obraré en consecuencia.

Al otro día en el momento de echar á correr, el duque se acercó á su caballo como para acariciarlo.

— Tengo gana de montarle, dijo, y quitándose su levita apareció con el traje de los jockeys de profesion,



Los pilares de las apuestas.

se lanzó sobre su caballo, corrió y se llevó el premio.

El arte de ganar los premios en las carreras se ha perfeccionado, se ha hecho mas humano. En otro tiem-

po envenenaban con arsénico el caballo contra el cual habian apostado y que moria algunos dias despues de la carrera en que habia perdido. (En 1801 fué ahorcado

por un crimen igual el groom de lord Folley). Hoy se contentan con aletargar al animal por medio del opio, para que pierda su vigor en el momento de la carrera.

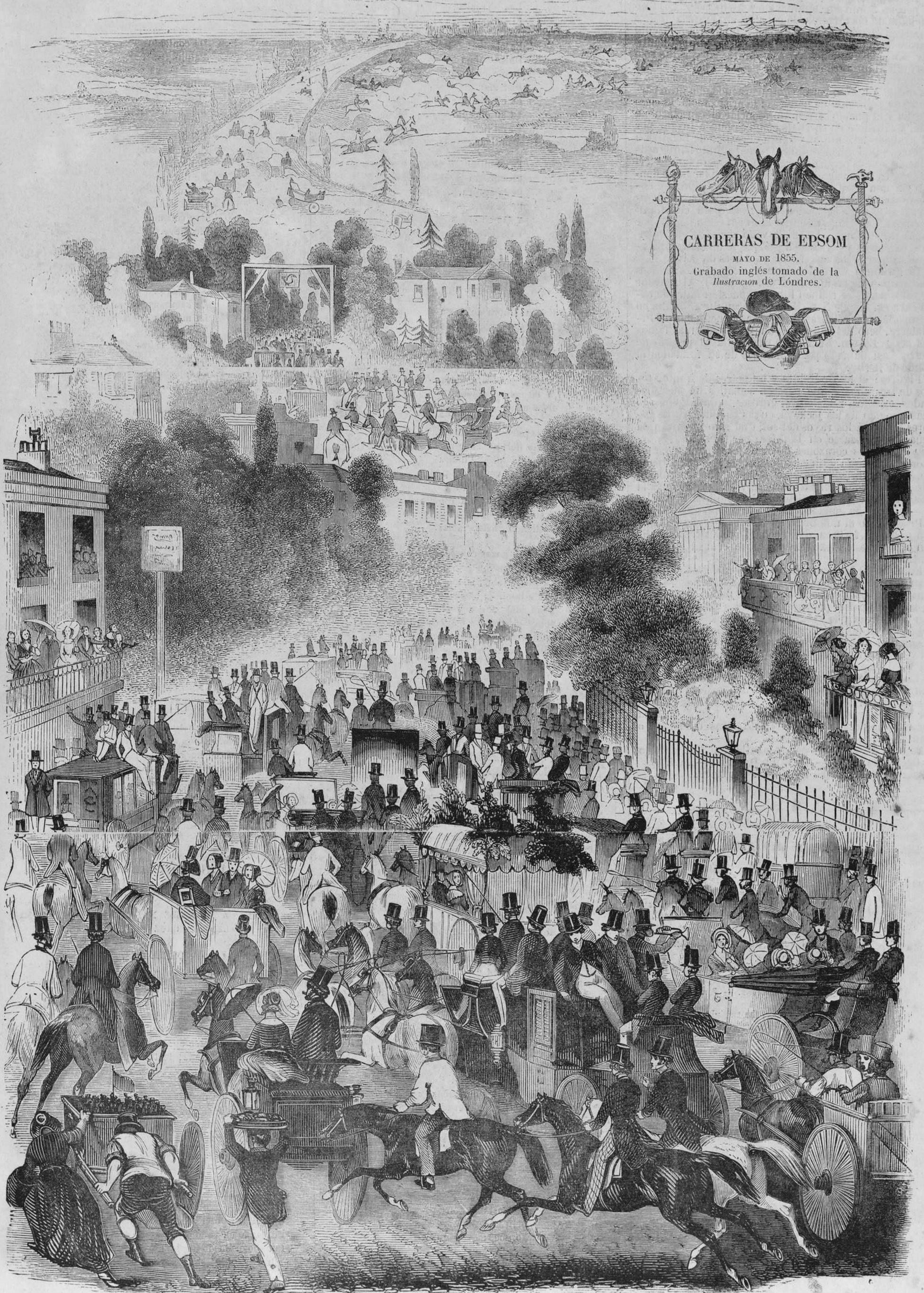


Vista del campo de las carreras y de las tribunas de Epsom.

Hay hombre que debe su fortuna al empleo de este medio infalible. Despues de haber comprado un caballo

muy caro, y despues de haberle hecho á costa de oro una reputacion europea, apuesta contra él 100,000 li-

bras esterlinas, y le asegura, como se dice en el lenguaje de las carreras, en otros términos, le pone inca-



CARRERAS DE EPSOM
MAYO DE 1855.
Grabado inglés tomado de la
Ilustracion de Lóndres.

paz de correr administrándole una pildora de opio.

La superioridad del turf, repetimos, ha pertenecido y pertenece aun sin contestacion á los ingleses. Las imitaciones de las carreras de caballos en Francia apénas merecen el nombre de parodias. Aquí este espectáculo carece de público, y cuando los ingleses van á Chantilly no pueden ménos de asombrarse al ver que solo hay allí algunos centenares de personas pobres ó ricas que creen hallarse en el deber de hacer ese sacrificio á la moda. A Epsom por el contrario acude una gran parte de la poblacion de Lóndres: la aristocracia, la clase media y el pueblo corren á presenciar el espectáculo á pié, á caballo ó en carruaje como se puede juzgar por el grabado adjunto que figura el camino de Lóndres á Epsom. ¡Qué muchedumbre! ¡qué tumulto! ¡qué animacion en esa pequeña localidad la vispera tan desierta todavía! Las carreras no deben principiar hasta dentro de una hora y ya millares de espectadores se encuentran en sus puestos. La inmensa tribuna construida en 1830 tiene capacidad suficiente para cinco mil personas. Las demás tribunas tambien están llenas; por todas partes donde alcanza la vista se descubren caballos, carruajes y personas á pié que se dirigen al galope al campo de las carreras entre nubes de polvo.

De distancia en distancia hay unos pilares blancos que llaman de las apuestas (*betting posts*). Al rededor de estos postes se reúnen los que apuestan ántes de cada carrera. Las de New-Market fueron durante mucho tiempo las mas célebres y las mas frecuentadas de Inglaterra, pero desde hace algunos años son mas famosas las de Epsom. En Epsom se disputa el premio de Derby, así llamado por el nombre de su fundador el conde de Derby.

Figúrese el lector treinta y un potros de frente, todos de tres años y que parecen caballos de seis, delgados, esbeltos, relucientes, gozosos, montados por lo mas escogido de los jockeys, cuyas chaquetillas de colores brillan á los rayos del sol, que solo esperan una señal para lanzarse en la pelea; por fin se da esta orden; ¡cuántos corazones laten de esperanza y de temor! Los treinta y un caballos parten al mismo tiempo, pero en breve la mayor parte de ellos se quedan rezagados; solo siete ú ocho solo uno llega...

— ¡Quién ha ganado? exclaman muchas voces.

Proclamado el nombre del vencedor: — ¡Bravo! gritan unos, mi fortuna está hecha. — ¡Me arruiné! dicen otros, y estas exclamaciones se cruzan en todos sentidos.

En efecto, á la otra mañana á la hora del pago, cambian de mano muchos millones.—A pesar de sus inconvenientes, las carreras de caballos deben fomentarse en todos los países porque mejoran las razas, desarrollan la destreza y la sagacidad de los jockeys y ofrecen al pueblo un noble é interesante espectáculo.

Ahora si nuestros lectores desean conocer el nombre del vencedor del Derby de 1855, les diremos que se llama Wild Dayrell, perteneciente á M. Sopham Esquire, de Littlecote hall cerca de Hungerford. Los sportsman han notado con mucha que desilusion ha sido criado y adiestrado por un particular, y montado en la carrera por su jockey ordinario. La cantidad líquida ganada por el vencedor se eleva á 4,925 libras esterlinas ó sean 24,625 pesos fuertes.

Hé aquí los nombres de los caballos que han ganado el Derby de 1855. — 1º Wild Dayrell: — 2º Kings-town: — 3º Lordofthe Isles: — 4º Flatterer.

Al toque del Alba.

Es el alba! es la luz! es la vida!
Es la fé! la ilusion! la esperanza!
Es el alba que bella y florida
De los campos del cielo se lanza!

GERTRUDIS GOMEZ DE AVELLANEDA.

Sweet is the breath of morn, her rising sweet,
With charm of earliest birds.

MILTON'S. — *Paradise Lost*.

Day dawns, the twilight gleam dilates,
The sun comes forth, and, like a god,
Rides through rejicing heaven.

SOUTHEY'S. — *Thalaba*.

I.

Es el alba!
Ya las flores
Sus olores
Van á dar;
Ya comienzan
Gayas aves
Tonos suaves
A entonar.

Ya las auras
Despertaron
Y elevaron
Dulce son;

Y se escuchan
Ya las fuentes,
Los torrentes,
El turbion.

Es el alba!
Dulce calma
Siente el alma
Disfrutar.
Es el alba!
Ya su encanto
Va mi llanto
A mitigar.

Es el alba!
Precursora
De la aurora,
De la luz: —
Y las sombras
Va aclarando
Y arrollando
Su capuz!

II.

Hay una hora deliciosa
Llena de mágico encanto;
Hora que suspende el llanto
De nuestro amargo penar:
Con el alba huyen las penas
Y se alejan los dolores,
Y de célicos amores
Hace el alma rebosar.

Hora pura y misteriosa,
Alivio del que suspira,
Consuelo del que delira
Por hallar ventura y paz.
En esa hora la Natura
Despierta tranquila y bella;
Y su luz do quier destella,
Vertiendo dicha y solaz.

Y todo á gozar convida
En hora tan misteriosa,
En que el alma silenciosa
Vuela humilde hasta el Señor;
Y del cáliz de las flores
Sobre el aura se desprenden
Gratos aromas que encienden
En los pechos el amor.

Orar! qué bello es entónces!
Y elevar plégaria santa
Al Dios que la tierra encanta
Con aromas, flores, luz!
¡Qué bello es pensar entónces,
Que hay un cielo reservado
A quien de hinojos postrado
Adora al Dios de la cruz!

Y bello es ver á la aurora
Despertar de entre la sombra,
Dorando la verdé alfombra,
Lecho de rosada flor;
Y oír á los ruiseñores
Parleros trinar su canto;
Y ver al leve amaranto
Brindar á la rosa amor.

Y ver la pura violeta
Modesta, cándida, hermosa,
Corresponder amorosa
A la brisa matinal, —
Y guardar entre su cáliz
La lágrima cristalina
Del ángel de la colina,
En su tallo virginal.

Bello oír de la cascada
El fragoroso estampido,
Cual satánico alarido
Del soberbio Lucifer;
Y ver las altas montañas
Alzar sus frentes nevadas,
Y entre nubes nacaradas
Ir sus crestas á envolver!

III.

Paz y dicha,
Esé instante,
Delhrante
Yo gocé;
Y colmado
De ventura,

La tristura
Yo olvidé.

Y mi pecho,
Un momento,
De contento
Palpitó;
Y de penas
Libre mi alma,
Dulce calma
Disfrutó.

Repóseme
Un momento,
Del tormento
Me libré;
Y, entre gozos,
Hasta el cielo,
Con consuelo
Me elevé.

IV.

Ya tañeron
La campana, —
La mañana
Ya lució;
Y entre nubes
De topacio,
El espacio
Recorrió.

Viene un carro
Nacarado
Y tirado
Por la Luz:
Ya las sombras
Se acabaron
Y arrollaron
Su capuz...

Ya no hay sombras!
Ya es de dia!
Mi agonía
Ya empezó!
Ya no hay sombras!
Mi ventura
Alba pura
Se llevó!...

V.

Adios! hora placentera!
Vuelve! vuelve! Por tí anhelo: —
Tú me das dicha y consuelo,
Calma, ventura y amor!
Adios! alba encantadora!
Adios! hora misteriosa!
Con tu calma deliciosa, —
¡Ven, disipa mi dolor!...

J. M. TORRES CAICEDO.

La flor encantada.

(IMPROVISACION.)

SERENATA Á MI NOBLE MADRE LA SEÑORA DOÑA
VALENTINA CRUZ DE VINAGERAS.

PRELUDIOS.

Yo soy un favorito del cielo y su hermosura:
Yo vengo de la rica, de la inmortal París,
Santuario de las letras, que decoró la altura,
Trofeo de los Genios y trono de San Luis:
Yo canto las grandezas del Sér Omnipotente,
Y la primera entre ellas es mi natal país,
Por eso ¡patria mia! tu trovador ardiente
Tu nombre te da ahora sobre una flor de lis.

¿Do estás, luz de mis ojos, querida madre mia,
Señora que absoluta reinó en mi corazon?...
No duermas que tu hijo sus cánticos te envía,
Pulsando tierna lira y al pié de tu balcón.
No duermas: aquel niño que con serena frente
Paseaba en las campiñas, te da su invocacion;
Despierta sol de mi alma, verbena de occidente,
Pensil de mis amores: yo soy tu aparicion.

Oh madre! De cien reyes la corte he visitado
Buscando en vano el alma que sér me diera á mí.
Por eso el Océano fierísimo he cruzado,
Y traigo serenatas, señora, para tí.

Sacude el sueño y mira, castísima señora,
A quien sobre las alas de eterno frenesí
Te trae de sus versos la esencia embriagadora,
Y acaso destilada con vasos de rubí.

El viejo y sabio mundo, señora, he recorrido,
Lloré desconsolado tu ausencia en mi alicción,
Y á veces mis pesares, horribles, he abatido
Besando tu retrato con férvida emoción.
¿Do estás, luz de mis ojos, querida madre mía,
Señora que absoluta reinó en mi corazón?
No duermas, que tu hijo sus cánticos te envía
Pulsando tierna lira y al pie de tu balcon.

Al eco de mi pobre, sentida serenata
Cuanta riqueza tienen los mundos te diré:
Caerán mis dulces versos como raudal de plata,
Y á tí madre y señora llorando los daré.
La voz del arroyuelo que de la peña brota
La del Océano busca: yo busco por mi fé
El manantial espléndido y que jamás se agota
De tu inmortal cariño que eternizar sabré.

¿Do estás, luz de mis ojos, querida madre mía,
Señora que absoluta reinó en mi corazón?
No duermas, que tu hijo sus cánticos te envía
Pulsando tierna lira y al pie de tu balcon.
Yo ví la hermosa Alhambra de arcos revestida,
El opulento alcázar de rica construcción,
La isla de Madera como una flor caída,
El trono y el sepulcro del fiero Napoleon.

De Suiza en las campiñas lancé cantos de amores,
Miré el bul-bul de Oriente que aromas me brindó,
De Cádiz las doncellas, y hablando con las flores
El alma de su cáliz el néctar aspiró.
Pero tú sola tienes, querida madre mía,
Cuanto no tiene el mundo, cuanto idolatro yo,
Tú, sol de mis ensueños, raudal de poesía,
Vision de la esperanza que el cielo me infundió.

Los Genios de la noche, señora, me han traído,
Olvidaré la Europa, y henchido de pasión
Cuando en los vientos caiga mi trémulo sonido,
Tendrás en cada verso, señora, una ilusión.
Mas ¡ay luz de mis ojos! querida madre mía,
Señora que absoluta reinó en mi corazón!
No duermas, que tu hijo sus cánticos te envía
Pulsando tierna lira y al pie de tu balcon.

SERENATA.

Ama el pájaro la fuente
Donde aspiró de las flores
Los riquísimos olores,
El aroma embriagador;
Ama el cielo las estrellas
Que en el azul suspendidas
Las esferas extendidas
Cubrieron de resplandor.

Ama tal vez la violeta
Bella y acaso olvidada
La corola delicada
De un jazmín que dora el sol;
Y quizá la margarita
Amores le da á la perla,
Sublimes lanzando al verla
Los rayos del arbol.

Pues todo ¡oh madre! en el mundo,
Por oculta simpatía,
Ama, idolatra á porfía
Con secreto frenesí.
El sol al globo que alumbró,
La flor al sonoro viento,
La alta estrella al firmamento
Y mi corazón á tí.

Tú, rosa de mis ensueños
Mas castos y venturosos,
Tú que sonidos hermosos
Arrancas de mi laud;
Tú, que si acaso muriera
¡Ay! el hijo que te adora,
Lloraras, madre y señora,
Sobre su mismo ataúd.

Yo he visto dos mariposas,
Una ¡oh madre! embelesada,
La otra de ala esmaltada
Girando á su alrededor,
Y yo he visto dos palomas,
La una ¡oh madre! dormida,
Volando de pasión nutrida
En torno y vertiendo amor.

Tú, radiante mariposa,
Con mi canto electrizado,
Paloma de ala plateada
Dormida en un azahar,
En torno á tí vuelo ahora,
Despierta que brilla el día,
¡Oh! despierta, madre mía,
Con mi halagüeño cantar.

LA FLOR ENCANTADA.

Linda, olorosa, tierna, seductora,
Y en los pensiles de mi amor cogida,
Traigo una flor en rayos encendida,
Rayos de gloria y de ilusión y amor.
Pura, modesta, de fragancia orlada
Con pétalos que vierten poesía,
Flor donde espera el cardenal el día
Y donde habite acaso el ruiseñor.

En ella ¡oh madre! cifro mi tesoro,
Porque es la flor radiosa y encantada,
De hojas de perlas, copa brillantada,
Siempre exalando amor é inspiración.
¡Ay! cada vez que en la sublime Europa
Me ha punzado el dolor ó la amargura,
¡Madre querida! con su esencia pura
Iris he visto de feliz pasión.

Como en mitad de las revueltas olas
Náufrago triste la ribera mira,
Llega y al punto de placer delira,
Y entona luego su alabanza á Dios.
Así yo en medio de azarosa vida
He visto ¡ay Dios! la flor de mi ternura,
Y ambicionando celestial ventura
De ella por siempre me arrojaba en pos.

Entre sus hojas hallarás mi nombre,
Y cuando sientas plácido embeleso,
Del lindo cáliz saltará mi beso,
Dándote ¡oh madre! glorias é ilusión.
Si con tus dedos de color de rosa
Vas á tocarla, madre idolatrada,
Sorprendida verás y enagenada
Que es la flor mi halagüeño corazón.

Ella te queda con mí ¡adiós! señora,
Yo torno al viejo-mundo, madre mía,
Ora al Eterno y en mi afán confía
Tú Antonio hasta tus brazos volará,
Y en vez de irresistible serenata
Y de esa flor en glorias revestida,
Tu ruiseñor la rosa de su vida
Al agitar sus plumas te dará.

ANTONIO VINAGERAS.

Correspondencia del teatro de la guerra.

Después de mi salida se han ejecutado delante de Sebastopol inmensos trabajos de que no he podido enterarme bien aun, pero voy á tratar de recoger mis ideas para describir el nuevo aspecto de la plaza y de las baterías. Al instante que desembarqué principié mi visita por el fuerte Genovés, donde los señores rusos nos recibieron á cañonazos. Hé aquí el aspecto que presenta hoy Sebastopol, principiando por el fuerte de la Cuarentena y siguiendo la línea rusa por nuestras propias obras hasta el bastión del Mat y hasta el barranco inglés.

El fuerte de la Cuarentena se halla en buen estado; los daños están reparados y las dos pequeñas baterías que miran al barranco Grande hacen disparos continuos.

Las contra-baterías que cubren la meseta entre la Cuarentena y el bastión nº 6 llegan hoy á tres, pero se está construyendo otra detrás; es muy difícil juzgar bien del estado de estas baterías que son de tierra y casi se confunden con el terreno; sin embargo hay dos que parecen haber sufrido mucho y que están reparando.

El bastión nº 6 que las sigue, se halla bastante deteriorado, aunque sin brecha ni derrumbamientos. Las troneras se han reparado en la noche anterior.

El flanco del muro almenado que forma un recodo por el lado de la Cuarentena con el bastión nº 6 no se halla en buen estado, así como las troneras de las casas matas; el foso está lleno de escombros.

Desde el bastión nº 6 el muro almenado que se dirige hacia la derecha se halla en buen estado hasta el segundo ángulo ántes del bastión Central; allí hay una brecha de mas de ochenta metros que se extiende hasta el bastión y la pequeña batería de la izquierda. Esta brecha por donde se ven casas ruinosas y la entrada de una calle sin barricadas, se halla cubierta ahora por una batería de diez y seis piezas que los rusos elevaron al punto detrás y casi sobre el lugar de la brecha.

El bastión Central está deteriorado; la pequeña batería de la izquierda parece abandonada, y algunas troneras se encuentran muy abiertas; sin embargo, allí como en todas partes se ve que nuestros incansables enemigos reparan en un minuto los daños que nuestro fuego les causa.

La torre que estaba en medio, y las construcciones y casamatas que dependían de ella, están casi destruidas y al nivel del bastión; apenas se distinguen algunos vestigios.

A la derecha del bastión Central hay otra batería que parece bastante comprometida; hace tiempo que no dispara.

El bastión del Norte es el que mas ha sufrido; aunque los rusos hayan trabajado mucho en él se encuentra en mal estado; mis dibujos dan una idea exacta del estado de esas diversas fortificaciones.

Por el otro lado no me es posible entrar en tantos pormenores; diré únicamente que nos hallamos ya en nuestra batería nº 41, que todas están bien colocadas, bien construidas y armadas; que nuestros trabajos de caminos y ramales se hallan tan adelantados que sobre la derecha la cuarta paralela está á cuarenta metros cuando mas del bastión del Norte, y que se hallan concluidas las trincheras que siguen y se unen en la T, así como las que parten de la extremidad izquierda de ese punto, sobre el sitio de las emboscadas tomadas por el valiente comandante Gremion del 98 de línea; nuestros tiradores están allí al abrigo ocupando así la cresta del barranco que los separa de la ciudad á una distancia de 150 ó 200 metros.

Sobre toda la superficie de nuestras obras hay formidables baterías escalonadas; hay una soberbia en la Cuarentena delante del fuerte Genovés; los rusos que conocen su terreno tiran sobre ese punto sin descanso.

Una bomba de esa batería hizo saltar hace seis días uno de los polvorines de la Cuarentena que contenía bombas cargadas, lo que debió causar notables daños en el fuerte.

Nuestras baterías de cohetes son hermosas, y pronto romperán su fuego, así como el del famoso mortero del que envío un dibujo; este mortero se halla montado sobre una plataforma que da vueltas, lo que facilita mucho la maniobra.

La marina ha estado admirable como siempre. No sé á punto fijo el número de nuestras pérdidas en la marina que en este momento tiene mas de 2,400 hombres en las baterías de tierra.

La artillería del ejército es también muy hermosa y desgraciadamente ha sufrido tanto como el cuerpo de ingenieros.

Ha habido algunas acciones estos últimos días, pero ántes de hablar de ellas acuémonos de la revista, ó por mejor decir de las revistas.

Ayer el general en jefe pasó revista al ejército del cuerpo de sitio del general Pelissier. Allí estaba la guardia. Habría unos 23,000 hombres detrás de la 4ª división con su artillería; el tiempo estaba hermosísimo. Nadie habria podido figurarse que estos soldados se hallaban en campaña desde hace mas de un año trabajando de noche y de día en la tierra y en el fango; era un espectáculo imposible de describir. Muchos oficiales ingleses se habian unido al cortejo del general, y también habia algunas amazonas caracoleando sobre sus caballos ingleses; hasta se vió un coche con caballos y un señor dentro. El campo toma poco á poco un aire mundano. Se dieron muchas condecoraciones por regimiento, y el desfile tuvo lugar con un conjunto y precisión notables.

La víspera el general pasó revista al ejército de observación del general Bosquet; yo no la ví; solo sé que fué magnífica.

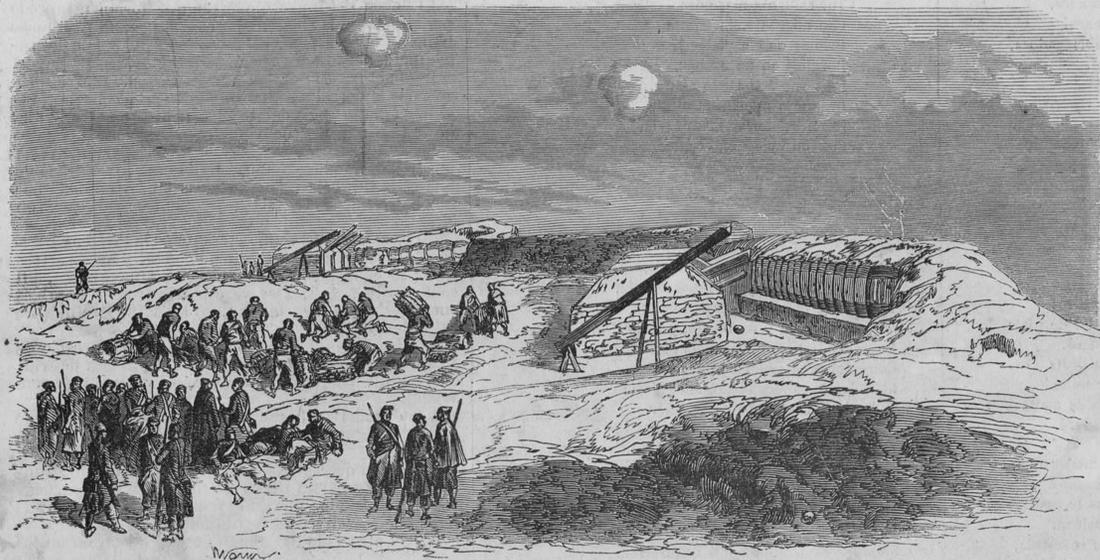
El tiempo está soberbio, por desgracia no tendremos la menor sombra. El estado sanitario es bueno; los víveres llegan y bajo este concepto nada falta.

El aspecto de Kamiesh está enteramente cambiado; pronto será una ciudad; pero otro día entraremos en mas pormenores sobre esto.

Aquí tenemos campos enteros sembrados de legumbres por nuestros soldados; en el campamento cada oficial tiene su jardinillo delante de la tienda, con muchas flores silvestres, mucho césped y algunos rosales que por casualidad escaparon á la hoguera.

Pasemos á otro asunto; voy á dar algunos detalles sobre dos ó tres acontecimientos, no recientes, pero en fin que no puedo pasar en silencio.

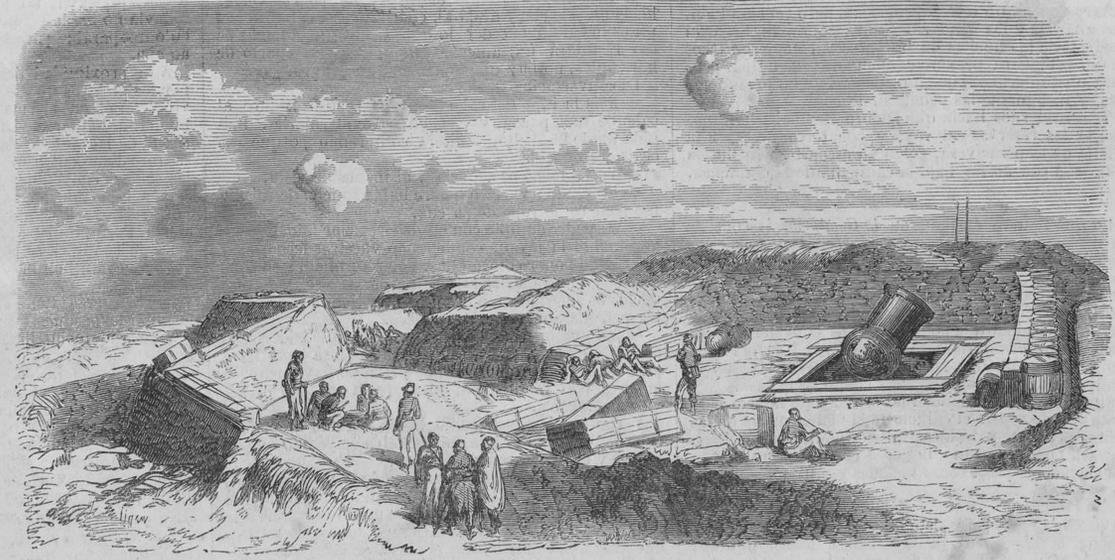
El fuego comenzó el 9 de abril y ha durado aunque disminuyendo hasta este día; en breve recobrará su primera fuerza. Los rusos no respondieron al instante sobre toda la línea, pero al cabo de doce minutos respondieron por la Cuarentena y las contra-baterías. Cesó á eso de las cinco de la tarde, hora en que el fuego de los rusos era flojo y muchas de sus baterías habian salido mal paradas. En los días siguientes nuestro fuego



Bateria de cohetes delante de Sebastopol.



Polvorn.



Bateria del mortero delante de Sebastopol.

era superior al suyo, bien que los rusos reparasen continuamente sus averías.

El cuarto día del fuego, el general en jefe dió el orden de tomar las seis emboscadas rusas que coronaban la cresta del barranco que nos separa de la ciudad delante del cementerio, pues que incomodaban mucho á nuestros trabajadores; lo mas difícil no era instalarse sino mantenerse en ellas mientras los trabajadores caminaban bajo el fuego de metralla de la plaza; además esas emboscadas se hallaban sostenidas por una reserva rusa bastante fuerte.

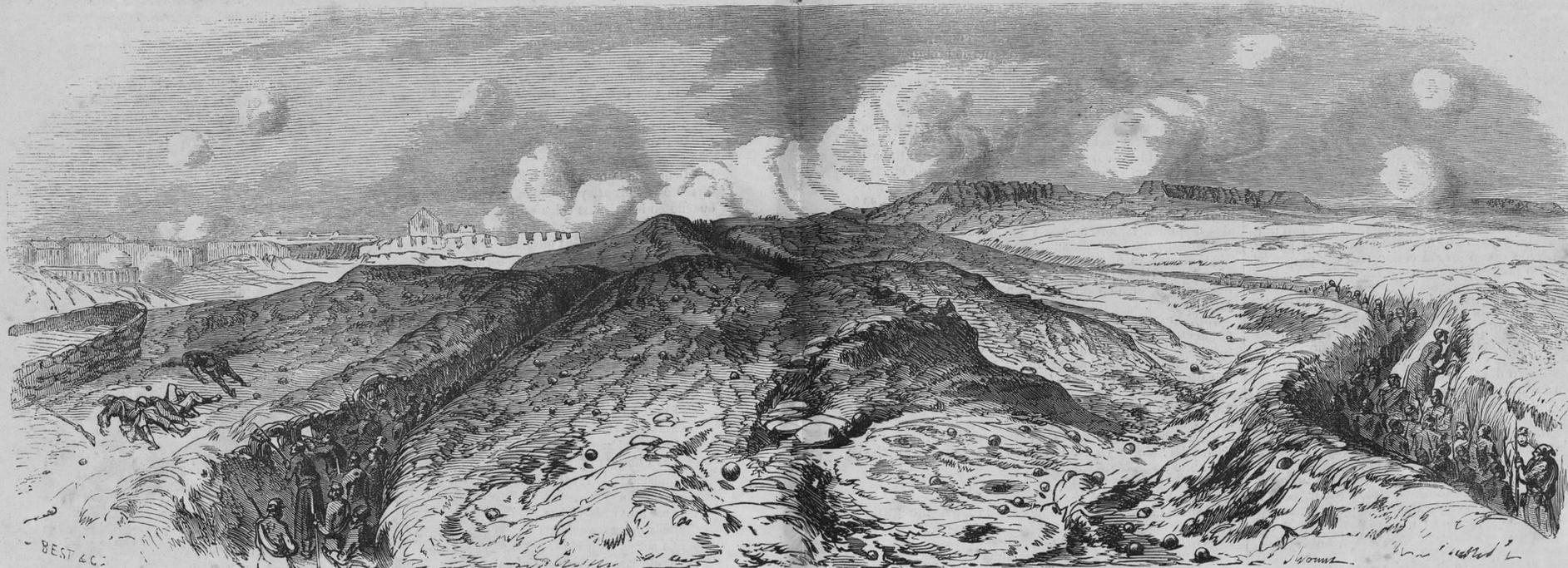
Nuestra trinchera llegaba ya detrás del cementerio, de modo, que en cuanto se tomaran las emboscadas era preciso abrir una paralela en el mismo sitio que partiendo de las líneas llegase delante del cementerio ocupando así toda la cresta del barranco.

Esta operacion fué vigorosamente conducida por el comandante Gremion á la cabeza del 2º batallon del 98 de línea. Los rusos destrozados por todas partes tuvieron que huir aunque no sin volver dos veces á la carga para recobrar sus posiciones.

Tendidos en tierra nuestros buenos soldados bajo una lluvia de metralla guardaron intrépidamente el terreno conquistado hasta el día en que los trabajos de los caminos aseguraron su conquista.

Esta accion tan honrosa para nuestros soldados, costó á los rusos cerca de 300 hombres muertos sobre el terreno, entre ellos muchos oficiales, y dos oficiales superiores que fueron hechos prisioneros.

Mientras el 2º batallon se conducía tan honrosamente, el 1º cumplía también con su deber; una parte de él con dos compañías de granaderos de la legion extranjera, tomaba las emboscadas rusas á la derecha de la T; los demás bajo las órdenes del capitán Laffon trabajaban bajo la metralla en abrir el nuevo ramal de la 4ª paralela.



Vista en perspectiva del Barranco, tomada del angulo del cementerio por el lado de las obras francesas, en el sitio de los seis reductos tomados por el 98 de línea.

Seria preciso escribir mucho para consignar los mil rasgos de valor y de energia que se ven diariamente; yo trato de recordar los mas posibles. El ejército está brillantísimo.

Nada de nuevo en Eupatoria; todas las noches nuestros vapores envian algunos proyectiles sobre Sebastopol; el almirante Bruat despliega una actividad increíble.

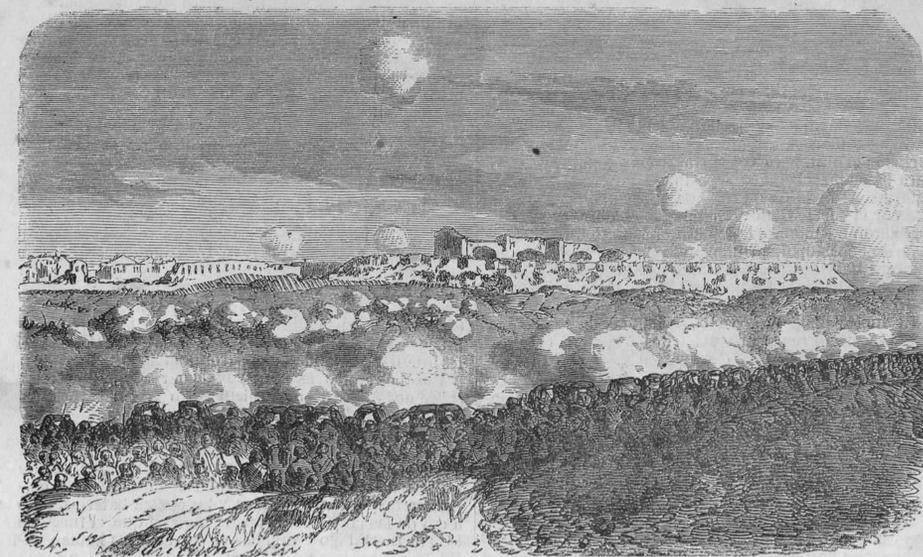
Me despido hasta la semana próxima. D. B.

La Casita del Soto.

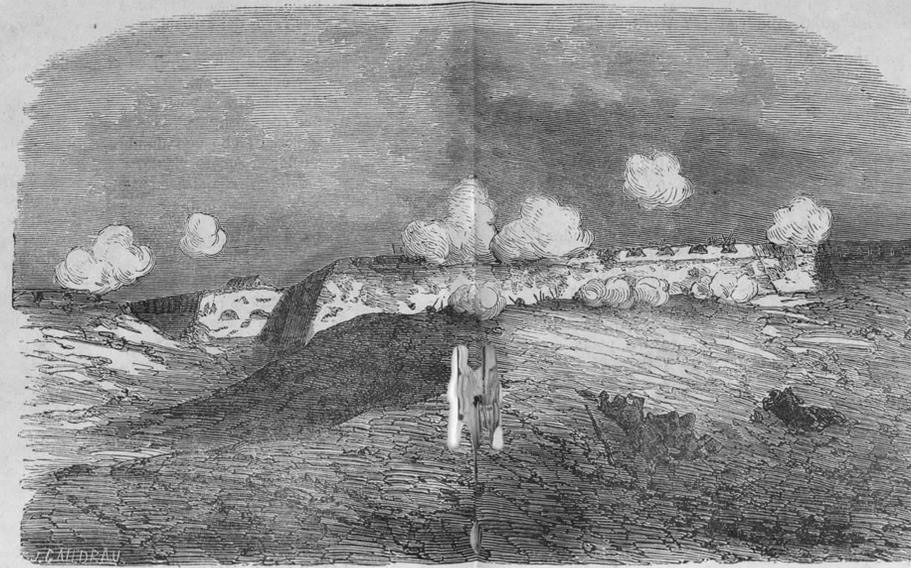
(Continuacion.)

Todo es empezar, como dice el proverbio. Agil, vigoroso, diestro, Isidoro se aficionó á esas excursiones nocturnas y perfeccionando en breve por una práctica constante lo que ya la naturaleza le habia dado, llegó á tener poco á poco un ojo muy seguro y una habilidad temible. Como era un muchacho pacifico, laborioso, que queria mucho á su madre y que jamás entraba en una taberna, los guardas tardaron mucho en concebir sospechas con respecto á él, tanto mas cuanto que trabajaba por el verano y solo en el invierno se entregaba á la caza furtiva.

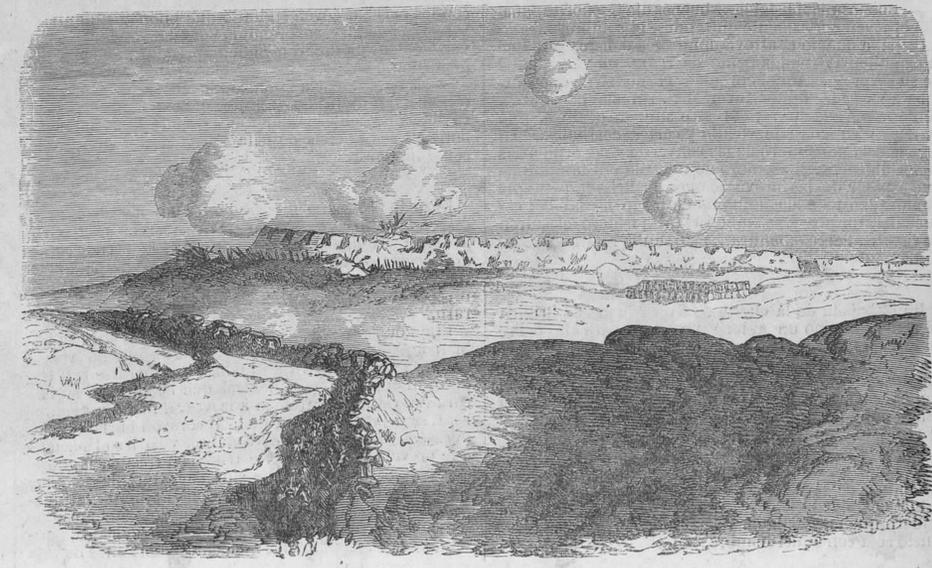
Pero todo en el mundo se descubre. Los guardas furiosos porque habian estado en un engaño, le accharon con encarnizamiento, y como Isidoro, astuto ya, hacia inútiles sus emboscadas, tomó también cartas en el asunto la gendarmeria de Bourron. Pero esto no hacia nada. La caza desaparecía como antes y el cazador permanecía invisible. Se oian los tiros, se en-



Estado actual del bastion Central.



Estado actual del bastion de la Cuarentena.



Estado actual del bastion del Mat.

contraba el lugar del acecho, se reconocía tibia aun la sangre de los animales sacrificados, pero esto era todo. Los guardas y los gendarmes se exasperaban. Sacaron medidas de las huellas de los pasos y recogieron tacos de escopeta para presentar elementos de culpa, pero para un sumario se necesitan pruebas y no presunciones, y justamente las pruebas faltaban.

Tres inviernos hacia que Isidoro diezmaba impunemente las reservas del rey, y por tercera vez, á la vuelta de la primavera, colgó su escopeta bien limpia y untada con aceite bajo la campana de la chimenea.

Lo que llaman en Bourron la Gendarmería consiste en un pequeño edificio con emparrados en todas sus fachadas, que además de la cuadra y el pajar, comprenden tres habitaciones; solo hay tres gendarmes en Bourron. La habitación del cabo es la mejor naturalmente; dos bonitos cuartos en el piso alto, y en el bajo, con la cocina, una pieza que podía servir de comedor. En esa pieza estaba ordinariamente Onesilla, la hija del cabo Roussel, ocupada en sus labores femeninas, todo el tiempo que no consagraba á las faenas de la casa.

Situado en la extremidad de la aldea un huerto bastante grande separa el edificio de la gendarmería de las primeras casas, y toca casi al bosque al que se llega por allí por un camino hondo á cuyas orillas se ven dos cercados espesos como vellones y muy altos.

Onesilla tenía diez y siete años. Era una bonita muchacha, la más bonita de la comarca decían algunos, á causa de la ventaja que la daba sobre las lugareñas curtidas por el sol, un cutis de una transparencia rosada y de una frescura envidiable. Sola casi siempre, Onesilla mientras hacia correr su aguja se forjaba dulces ilusiones; daba rienda suelta á su joven imaginación, y su pensamiento vagaba horas enteras sobre la más mínima cosa. Ahora bien, á fuerza de haber oído á su padre hablar de Isidoro á quien execraba, la joven pensó en Isidoro sin querer, y como nunca le había visto llegó á desear conocerlo ardientemente. Esto era pura curiosidad. A sus ojos como á los ojos de los gendarmes, era un bribon que había venido al mundo de intento para dar que hacer á los agentes del orden público, y que infaliblemente tarde ó temprano andaría el camino de la Casita del Soto á la cárcel de Fontainebleau con las esposas en los puños y una buena cuerda en torno de los riñones.

Con tales antecedentes, Onesilla se hizo de Isidoro un retrato abominable; debía ser un hombre terrible, de ojos feroces, de instintos groseros, debía andar cubierto de harapos y siempre armado con su infame escopeta, una imagen viva de esos bandidos de romance que no se pueden mirar sin terror, y que son el bú de los niños.

Una tarde que Onesilla encaramada sobre un asno, como es costumbre en el país, volvía del mercado de Nemours en compañía de una mujer de Bourron, esta mujer mirando al camino exclamó:

— ¡Ahí está Sin-Igual... el perro de Isidoro; pues el amo no debe estar lejos... justamente ahí viene... ¡eh! ¡Isidoro!...

— ¡Isidoro! ¿el ladrón del bosque? preguntó Onesilla.

— ¿No le conocíais?

— Jamás le he visto.

— ¡Qué raro! Sin embargo, bastante se habla de él; vuestro padre bien le conoce. No debía extrañarme, salís tan poco de casa, y los amigos de ese mozo no viven en la Gendarmería. — Isidoro, preguntó la mujer saludando al joven que se había acercado, ¿habéis ido á vender caza esta mañana á Nemours? No os he visto en la feria.... Buen zafaracho haceis en ese pobre bosque.

— Buenos días, Brígida... buenos días, señorita, añadió el joven cortesmente quitándose el sombrero.

Onesilla que no se atrevía á mirarle de cerca pero que le examinaba detenidamente de reojo, no volvía en sí de su sorpresa. ¡Aquel era, pues, el monstruo que causaba á su padre tantos furoros!... Parecía mentira.... Tenía la mirada suave, el rostro simpático, un vestido aseado, y su lenguaje sencillo y cortés se hallaba á cien leguas del tono grosero de las conversaciones ordinarias de los aldeanos. El asombro de Onesilla era tan grande que á pesar de las provocaciones de Brígida para que hablara, en todo el camino no desplegó los labios; escuchaba, miraba y se embobecía... ¡Isidoro el ladrón de caza!... Parece mentira... Esto se iba repitiendo continuamente.

En la bajada de la cuesta de Gres, el asno de Brígida se asustó y tomó un galope peligroso para la pobre mujer que se agarró á las banastas con ambas manos gritando á mas no poder, lo que excitaba mas al animal que montaba. Onesilla espantada no habría podido contener á su asno arrastrado por el ejemplo, pero el sólido puño de Isidoro refrenó á tiempo aquel ardor, y el animal continuó dócilmente su pacífico trotecillo.

— Mil gracias os doy, dijo Onesilla encarnada de emoción... pero, añadió en seguida, ¿no vais á sócorrer á Brígida?

Por mas que el Isidoro real fuese muy diferente del Isidoro que ella se había forjado, no se encontraba á gusto sola con aquel hombre.

— Primero, respondió el joven, no podría correr hasta alcanzarla, y despues, continuó casi con timidez, ¡si os llegara á suceder lo que á ella!... Además de eso resultará únicamente que llegará un cuarto de hora ántes, no hay que temer ningun peligro.

La conversacion quedó cortada.

— Sois la hija del cabo Roussel, repuso Isidoro al cabo de una pausa, y vivís en la Gendarmería... Brígida me lo ha dicho, y ahora comprendo porque me erais desconocida.

— Yo tampoco os conocía... al ménos de vista.

— Entiendo; vuestro padre habla mucho de mí... y me pone como ropa de pascua.

— Mi padre cumple con su deber, señor mio, dijo severamente la joven, condenando vuestras fechorías y queriendo poner coto á ellas. Por eso, añadió en tono mas suave, no debíais obstinaros en ese peligroso oficio; os sucederá una desgracia... y tiemblo por vuestra persona ahora que os conozco.

— Mil gracias os doy, señorita, respondió Isidoro con acento de sincera gratitud. Pero ¡ay! se gana muy poco trabajando en los campos y cuando hay que mantener á una madre, sin hacer nada en todo el invierno....

Y contó á la joven como había matado al primer ciervo, aquel ciervo que quizás había impedido que su madre y él perecieran de hambre.

Onesilla enternecida no pudo ménos de alargar su mano á Isidoro. Una lágrima que humedeció su mejilla manifestó el dolor que la había causado la miseria de la pobre viuda, y al mismo tiempo una leve sonrisa que asomaba á sus labios, probaba el gozo que experimentara al saber el buen éxito de aquella primera tentativa. Olvidando que la caza furtiva fuese un delito, como decía su padre, no veía mas que al cazador y le encontraba heróico cuando tan tímido como parecía osaba desafiar impávido las iras de los guardabosques y de los gendarmes.

Encantadores estaban así aquellos dos jóvenes bajando las cuestas del Loing por el lado de Bourron; Onesilla con el rostro animado por lo que acababa de contarla Isidoro, y graciosamente mecida por las oscilaciones del animal que montaba; Isidoro llevando las riendas y volviéndose de tiempo en tiempo hácia la joven cuando su narracion se hacia mas crítica, y ambos bajando los ojos á la vez cuando se encontraban sus miradas.

Así llegaron á las primeras casas de la aldea.

— Ya estamos, dijo Isidoro; señorita, añadió con una voz conmovida, hace dos años que estais en el país y he permanecido dos años sin conoceros; ahora que os conozco... ¿no podré volveros á ver?...

Onesilla no respondió.

— Señorita, prosiguió Isidoro titubeando á cada palabra, de otro que no fuera yo la declaracion que os voy á hacer sería imprudente sin duda... Pero ¿quién sabe cuando se presentará una nueva ocasion?... Os amo... sí, os amo y os lo digo... porque ignoro si podré decíroslo otro día.

Onesilla encarnada como una cereza á esta primera confesion que oía (apénas tenía diez y siete años), se hallaba en una absoluta imposibilidad de contestar aunque cuando lo hubiese querido. Pero bien mirado, ¿qué había de responder? Bruscamente arrastrada á una viva simpatía por aquel joven tan hermoso y tan bueno cuando había esperado encontrar en él un abominable tunante, demasiado joven para saber resistir á esa especie de entusiasmo que procede del corazon y que nos seduce como todo lo que es generoso, y temiendo en fin que se achacara á desprecio aquel silencio que guardaba bien á pesar suyo, tendió á Isidoro una ramita de boj bendito que llevaba en la mano (era la semana de Pascuas), y sonrojándose mas todavía se alejó dando de latigazos á su asno.

Isidoro permaneció en el mismo puesto siguiendo con los ojos á la joven en tanto que pudo distinguirla, y se quedó muy sorprendido cuando volvió en sí al verse en sus manos con aquella prenda... Se creía juguete de un sueño.

— ¡Me ama! exclamó alzando sus brazos al cielo con ademán de júbilo infinito, y echó á correr hácia su casa ansioso de ocultar á los ojos de todos y de saborear á sus anchas aquella felicidad tan inesperada como inmensa.

En todo el verano que siguió los dos jóvenes no pudieron verse mas que dos ó tres veces. Por una parte Isidoro trabajaba y su tiempo apénas le pertenecía, y por la otra como cada entrevista encerraba para ellos un peligro, era preciso para que pudieran encontrarse un concurso de circunstancias muy difícil y siempre raro.

El amor se aviva con las dificultades, y ellos se habían amado desde el primer día. Onesilla no veía á nadie en torno suyo que pudiese compararse con Isidoro, ni aun de lejos, mientras que Isidoro con su naturaleza tierna y atrevida á la vez, sencilla y aventurera, se dejaba arrastrar de todo corazon hácia aquella hermosa joven que le encantaba, y si los obstáculos que prevenía podían ponerle triste con frecuencia, no le desalentaban nunca. ¡Cosa singular! Onesilla no experimentaba esas dudas crueles. Con el ánimo continuamente excitado por el temor y por los esfuerzos que necesitaba para disimular un amor condenado de antemano por su padre, los incidentes constantes de esta

lucha sin tregua, no la daban lugar á la reflexion, y todavía no había pensado que pudiese haber un obstáculo inseparable para su casamiento con el joven que amaba.

A la proximidad del invierno, temblando Onesilla por los peligros que de nuevo iba á correr Isidoro, convino con él en ciertas señales para el caso en que no pudieran hablarse. La joven trataba de estar al corriente de las emboscadas y de los planes de ataque que se tramaban contra el ladrón de caza, y por medio de las señales convenidas le prevenia de lo que pasaba. Jamás la gendarmería de Bourron había trabajado tanto; jamás los guarda-bosques habían estado mas alerta. Pero ¡inútil afán! Isidoro se dejaba entrever á veces, pero nunca se ponía al alcance de sus garras.

— No es un hombre, es un diablo, decían los gendarmes.

— Por fuerza tiene el demonio en el cuerpo, decían los guarda bosques.

Y de este modo llegaron casi á formarse ideas supersticiosas sobre el ladrón de caza. ¡Ay de Onesilla si el cabo Roussel hubiese podido adivinar que era cómplice de aquellas infamias!

Es verdad que la pobre joven sufría tambien de rechazo las espantosas borrascas que tenían trastornados á los gendarmes. La irritación del cabo, siempre en aumento, recaía sobre todas las cosas que le rodeaban; pero estos furros que la atormentaban la hacían tambien muy dichosa, pues la probaban que Isidoro acababa de salir libre de un nuevo peligro.

Esto duró todo el invierno. Isidoro que sabia elegir el momento oportuno y á quien encontraban á veces por el camino de Bourron paseándose tranquilamente, no podía ménos de sonreirse al aspecto de las negras miradas que le arrojaban los gendarmes, y al ver que los guardas con el rostro espantado conjuraban con ciertos ademanes los maleficios de que le creían armado. Por fin se mostró el sol y llegaron los primeros días de la primavera. Los gendarmes y los guardas estaban en el colmo de la furia.

En cambio todo marchaba bien en la Casita del Soto; Isidoro había pagado tres años de alquiler, uno de ellos adelantado; en la bodega había una pipa de vino, y en el establo vacío durante tanto tiempo se hallaban un asno y una vaca. Teresa Boiteux rodeada de cuidados y de atenciones por un hijo que la idolatraba, habría sido totalmente dichosa, si no fuera por aquellas malditas cacerías de su hijo, causa permanente de sendas disputas. Isidoro se reía y la calmaba, pero al otro día comenzaba la contienda.

¡Con cuánta ansiedad esperaba la viuda todos los años la vuelta de la primera golondrina! Y esto porque aquel día Isidoro colgaba la escopeta y se iba á trabajar al campo.

Aquel año tanto deseaban ese momento en Bourron como en la Casita del Soto. Al fin se presentó la golondrina de feliz augurio rozando con sus alas la ventana en donde trabajaba Onesilla, y meciéndose algunos minutos despues sobre los castaños de la casita.

— ¡Ya se ha salvado otra vez mas! dijeron en sí mismas aquellas dos mujeres desconocidas la una de la otra y que á la vez simpatizaron por el mismo pensamiento. La viuda de rodillas daba gracias á Dios en la Casita del Soto, y Onesilla con su voz alegre, cantaba de júbilo en la Gendarmería.

— Sea enhorabuena, madre mia, así me gusta veros.

— Hijo mio, ¡soy tan dichosa!

— Apuesto á que ha venido la golondrina.

— La he visto.

— Y yo tambien.... querida madre mia.... vamos á colgar la escopeta, es cosa convenida.

— ¡Ojalá fuera para siempre!

— ¿Y qué comeríamos, madre mia? Acordaos de hace cuatro años.

— Pero ya estamos al abrigo de la necesidad; ¿querás tentar á Dios eternamente?

— Es que se toma gusto al oficio.

— Otro tanto sucede con todas las malas costumbres.

— Son veinte, treinta contra mí... quizás mas todavía, y contra tanta gente no somos mas que dos... Cuento con mi perro... ¡pobre Sin Igual! añadió acariciando á su perro, un perro mudo, como todos los de los ladrones de caza, pero que tan bien olía el enemigo como la misma caza.

— Amigo mio, repuso la viuda, por mas cuidados que me prodigues, te diré que el bienestar no reemplaza la tranquilidad. ¿Hasta cuando me negarás esa promesa que te pides? Ya eres un hombre hecho, y el cuidado de tu reputacion...

— ¿Pero pensais que porque los gendarmes estén dados al diablo me miran mal las gentes del país?

— Porque aun eres joven, pero ya verás mas adelante... el señor cura ha debido decírtelo...

— Es verdad.

— Y luego los guardas, los gendarmes...

— ¡Ah! los gendarmes... quizás llegará el día en que me case y ese día os prometeré cuanto queráis.

— ¿Pensas en ello?

— Hablabais de gendarmes y os diré que, aparte de todo, hay uno que me gustaría tener por suegro.

— ¿De Bourron?

— Sí, el cabo. ¿No conocéis á Onesilla?

— Yo apénas conozco á nadie.

— Diez y ocho años, hermosa como un ángel... ¡Ah! estoy seguro de que la amarais á la primera vez que la vierais.

— ¡Pobre Isidoro, en quién vas á pensar!

— Es cierto que su padre... que yo amo á Onesilla y ella me ama también, á vos puedo deciroslo, y cuando se empeñan en una cosa dos personas... en fin, veremos.

— Desde luego la amo; ¡la hija de un gendarme!... ya no irás mas al bosque con tu escopeta; ¿porqué no me lo has dicho ántes?

— No caeis en la cuenta.

— Pero me parece...

— Que es el mejor medio de granjearse la amistad del cabo, ¿no es verdad? ¿Qué poco los conoceis! Si yo no fuera á caza sería darle un buen chasco.

— No sabes lo que dices.

— Al revés, lo sé perfectamente. En tanto que no me haya cogido estará furioso contra mí; no me perdonará el haberle hecho pasar en vela tantas noches; hace cuatro años que estamos jugando juntos y él ha perdido; detenerme aquí sería negarle su desquite; así, ya veis si lo agradecería.

— ¡Eres incorregible! ¡Ah! hijo mío, ¡si supieras qué amargo me sabe cada bocado de ese pan que ganas con tanto peligro!

— Buenas noches, madre mía; mi escopeta está ya colgada, de modo que podeis dormir con todo sosiego; yo me voy paseando hasta Bourron.

Isidoro tomó por un atajo entre el camino y el bosque uno de esos senderos tan estrechos que dos hombres no pueden encontrarse sin rozarse. De lejos vió venir á un hombre de uniforme, y pronto reconoció al cabo Roussel. Titubeó un instante, ¡la costumbre! pero luego le detuvo la reflexión.

— Parecería que tengo miedo, exclamó, y siguió su camino.

El gendarme y el cazador furtivo se encontraron frente á frente.

— Eres tú, buena pieza, dijo el cabo.

— Yo mismo, señor cabo, contestó Isidoro, para lo que se ofrezca.

— Con tu aire de mosquita muerta te ries para tu capote de la tarea que nos das, pero ya te llegará tu San Martín, y al freir será el reír, como dice el proverbio.

Isidoro se separó dejando el camino libre, y pasó el cabo.

— ¡El padre de Onesilla! pensaba Isidoro andando; mal van mis negocios. Creo que el cabo Roussel preferiría ver á su hija muerta que casada con el hombre á quien él tanto aborrece.

Cuando Isidoro iba á desembocar delante de la Gendarmería, un movimiento de su perro le hizo que se adelantara con precaución. Miró por entre el cercado y vió á un gendarme que estaba limpiando su caballo en el corral. En la imposibilidad de llegar hasta Onesilla, Isidoro trataba ya de volverse de muy mal humor, cuando un guarda-bosque llegó por el camino bajo, se detuvo detrás del gendarme, y pegándole en el hombro le dijo con una risotada:

— Ya estamos pues tranquilos hasta Todos Santos. Isidoro ha vuelto á la labranza.

— Lo siento, respondió el gendarme; no sé lo que daría por atraparle.

Isidoro concibió la idea de una estratagema; empujó su perro hácia la calle, y silbándole luego con autoridad, aparentó ocultarse como si quisiera entrar en el bosque por detrás del cercado del camino bajo.

El guarda-bosque vió á Sin-Igual y le reconoció, y vió también á Isidoro, ó mas bien adivinó su presencia.

— En cuanto se mienta al rey de Roma luego asoma, dijo al gendarme.

— ¿Isidoro?

— Héle allí deslizándose por detrás del cercado; ¿qué quiere aquí ese tunante?

— Llega la noche y va de acecho.

— No va con fusil y además es muy de día aun... no, pero se me figura que el bribon va á recoger algunos lazos... ayer me encontré uno junto á la plazoleta grande, y él ha debido ponerlo.

— ¿De veras?

— Mira, Maillot, si eres un hombre no te asustará dar un paseo; ya sabes que hay un ascenso para el que coja á Isidoro; tomemos tú por la aldea y yo por el bosque... Se bajaba al andar, yo lo he visto, y además el que se esconde algo lleva.

— Pero no ignoras que ese tunante no se deja coger así como se quiere.

— El que no se arriesga no pasa la mar; y quien sabe, la fortuna le llega al hombre cuando menos la espera.

— Ea, pues, en marcha, y al que Dios se la dé san Pedro se la bendiga.

— Tú llegarás por el camino de la venta, que es donde encontré yo el lazo, y yo llegaré por las canteiras... en cuanto Isidoro descubra á uno de los dos se deslizará inmediatamente sobre el otro... ¡si le echáramos mano, qué bueno!

— Andando, andando.

— Yo salgo el primero.

— Pues yo en cuanto me haya echado á hombros mis correas no tardaré en seguirte.

El guarda-bosque echó á correr, y al cabo de algunos minutos el gendarme se alejaba igualmente po-

niéndose los guantes y haciendo resonar sus espuelas.

Isidoro les dejó que desaparecieran y se adelantó gozoso á la Gendarmería. Onesilla por su parte había reconocido al perro, y á pesar del venticillo fresco que soplabá, su ventana estaba abierta de par en par cuando se presentó Isidoro.

— Habéis hecho bien en venir, dijo Onesilla; tengo que hablaros.

— ¿Qué pasa pues?

— Mañana son los días de mi padre.

— Ahora acabo de encontrarle.

— ¿Y qué os ha dicho?

— Lo que siempre, palabras muy huecas.

— Mañana son sus días, y esta noche le daré unos herretes que he pedido á Paris y que han llegado sin que él lo sepa; le hacían falta, y estoy segura de que se pondrá muy contento.

— ¿Y qué mas?

— Me hablará de vos sin duda... ó yo haré que me hable... y como estará de buen humor tantearé el terreno.

Isidoro meneó la cabeza.

— No hay que desesperar, dijo la jóven, veremos lo que se logra, pero tenéis que prometerme una cosa.

— Decid.

— Que pueda asegurar á mi padre que no continuaréis vuestras fechorías... ¿vacilais?...

— No, pero...

— ¿Pero qué?...

— Vuestro padre se incomodará y nada sacaremos en limpio.

— No le conoceis, en el fondo es un buen hombre. Además que ya tengo diez y ocho años, Isidoro, y nos amamos, ¿no es verdad?...

— Onesilla, os amo con toda mi alma... Hace poco mi madre me hablaba de esa caza que tanto la atormenta, y no he querido prometerla nada, aunque Dios sabe si la amo... Pero á vos todo os lo prometo... porque cuando os veo, Onesilla, me siento el hombre mas feliz del mundo; cuando os hablo y me respondeis, vuestra voz es para mí una música que me embriaga, y por obteneros haré cuanto haya que hacer, ó al ménos trataré de hacerlo.

— Hasta engañar á ese pobre Maillot, dijo Onesilla sonriendo; reconocí á Sin-Igual y los escuchaba... Así pues, añadió, ¿me prometéis no volver al bosque con la escopeta?

— Os lo juro.

Onesilla tendió la mano á Isidoro, que este se apresuró á llevar á sus labios.

— ¡Cómo me regocija esa promesa! Y vuestra madre, ¿qué contenta se va á poner! Se lo diréis esta noche misma, ¿no es verdad?

— Sin falta. ¡Ah, qué dichoso soy, Onesilla! no comprendo como vivía ántes de conoceros, para no haber notado el vacío que habéis llenado en mi corazón; Onesilla, ¿qué días pasaremos cuando seais mi esposa!

— A menudo pienso en ello; hay en el Soto tierras que trabajar cerca de la casita; trabajaréis y yo os ayudaré... ¿quién sabe? mi padre tiene algunas economías...

— Yo también.

— Quizás un día podremos comprar la casa, y entonces ya no tendremos miedo del invierno.

— Cuando pienso que todo dependerá de lo que diga vuestro padre... ¿es esta noche?

— Sí.

— Mañana vendré á informarme.

— Eso es; en el caso en que no podamos vernos, aquí hay un tiesto de álelies que hablará por mí: si está dentro de la ventana, mala señal; si está fuera, como ahora, habré adelantado algo ó estaré en buen camino.

En esto se oyó cerca la voz de un hombre que cantaba.

— Alguien viene y ya es tarde, dijo Onesilla; mi padre va á volver, hasta mañana.

Y de nuevo tendió su mano á Isidoro que la besó repetidas veces. Enseguida cerró la ventana, puso la mesa, y prendió un bonito lazo de cinta color de rosa en la cajita donde estaban los herretes.

A poco llegó el cabo, y hallando una buena lumbre y la mesa puesta, dió gracias á su hija, y tendiéndose en su sillón de badana la dijo:

— Has adivinado que me meria de hambre.

— A la mesa, pues, todo está pronto... no dejemos que se enfrie la cena.

— ¡Un mantel blanco hoy juéves!

— ¡Ah! eso es porque hoy ha venido la primera gollondrina y he querido festejar la primavera.

— Vén que te dé un beso, Onesilla; eres bonita como un ángel y astuta como un diablillo.

Este buen humor regocijó á Onesilla.

— Dentro de un instante, pensaba, se lo podré decir todo.

El cabo encontró la cena tan exquisita que en su alegría se fué á la cueva á sacar una botella de vino rancio.

— Tú has puesto un mantel limpio para festejar la primavera, la dijo, y yo voy á echar un trago á tu salud.

Onesilla sacó la bonita caja con el lazo, y vino á recordar á su padre que había una doble fiesta, la primavera y su santo.

— ¡Y es verdad! exclamó el cabo, rebosando de júbilo; pues es extraño, yo por mas que hago lo olvido siempre y tú siempre te acuerdas.

Y sentó á Onesilla sobre sus rodillas como á una criatura, y teniéndola entre sus brazos desató las cintas de la cajita misteriosa.

Cuando vió los herretes tan relucientes como el oro, se puso como loco de contento y se comió á su hija á fuerza de caricias, jurando que no la cambiaria por un baston de mariscal, y que preferiria morir ántes que ocasionarla el menor disgusto.

La ocasión no podia ser mejor; Onesilla tomó la palabra...

Pero en el momento en que su primera frase, un poco larga como las frases de exorcio, y un poco difusa, á causa del sentido que encerraba, se iba desenredando como podia, y principiaba á salir adelante, se abrió con estrépito la puerta principal de la Gendarmería y se oyeron formidables imprecaciones en el patio.

— ¿Qué significa eso? dijo el cabo levantándose; es la voz de Maillot... voy á ver lo que sucede.

Fácil es comprender lo contenta que se pondría Onesilla.

— Imbécil de Maillot, se dijo para sí: lo mas difícil estaba ya... una ocasión soberbia... y ahora tener que principiar de nuevo.

Cinco minutos despues volvió á entrar el cabo muy cejijunto.

— ¡Tunante de Isidoro! exclamó exasperado, hé aquí otra de las tuyas. Imaginate que el guarda de Reclosses habia salido con Maillot en persecucion de ese tunante, cuando el pobre guarda se cae de lo alto de una roca y se rompe la pierna. Despues de habernos molido ahora quiere estropearnos... poco á poco... Esta tarde le encontré, tenia el aire de una señorita, se diria que jamás ha roto un plato... ¡Hipócrita! pero ya las pagarás todas juntas, yo te lo aseguro.

El cabo estaba loco de ira.

Una hora despues se decia Onesilla desesperada, mi padre instruido de todo habria comprendido que nadie es responsable de una desgracia, y que si ese infeliz se ha roto una pierna en las rocas no es culpa de Isidoro que estaba aquí á mi lado.

Y se fué á la ventana y retiró tristemente el tiesto de álelies.

— Sube á tu cuarto, Onesilla, dijo el cabo dando un beso á su hija: han ido á recoger á ese pobre diablo de guarda, y espero á Maillot á ver lo que me dice.

— ¿No quereis que os haga compañía?

— No; estoy de muy mal humor, y quizás pagarias tú el pato sin tener culpa.

— Buenas noches, padre mio.

— Buenas noches.

Onesilla se subió á su cuarto con las lágrimas en los ojos y el corazón bien oprimido.

El cabo se paseaba apresuradamente, gruñendo cuando no decia nada, y jurando con fuerza cuando abria los labios. Aquella brusca transición de un sosiego completo á una impresion desagradable, las copitas de vino rancio que habia bebido de mas que su costumbre, y sobre todo la ira que le encendía, le produjeron un fuerte dolor de cabeza.

— Son esas flores, pensó al ver el tiesto de álelies.

Y cogió el tiesto, le sacó fuera de la ventana y continuó furioso su paseo por el cuarto.

(Se continuará.)

Palacio de la Industria.

VIDRIERAS DE M. MARECHAL. — ESCULTURAS DE LA FACHADA.

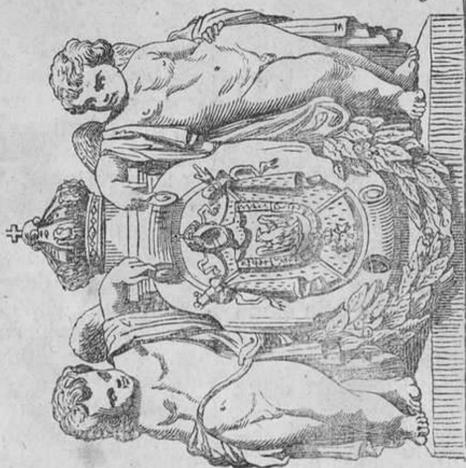
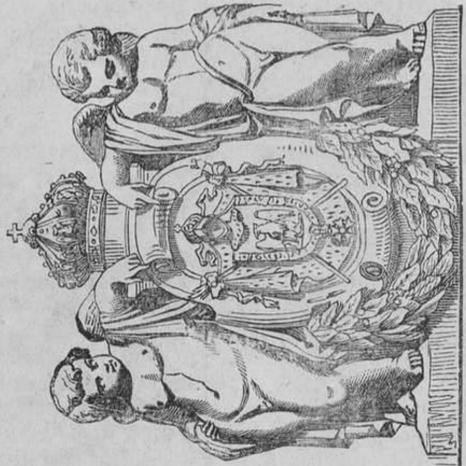
Para una novedad tan grandiosa y tan importante en la historia de las naciones como una Exposicion universal de los productos de la industria, Londres habia construido un edificio de un género nuevo, de una concepcion atrevida. El palacio de Cristal era en si mismo una maravilla de las mas singulares en ese concurso de los esfuerzos de la actividad y de la inteligencia humanas. Al hacer igual llamamiento y al ofrecer la misma hospitalidad á la industria de todas las naciones del mundo, Paris no podia limitarse simplemente á copiar á la Inglaterra. Además, no habiéndose propuesto sino un objeto temporal y pasajero, la Inglaterra con su genio eminentemente práctico, se habia limitado á elevar una tienda, de aspecto fantástico es verdad, pero destinada á desaparecer una vez terminada la Exposicion. Aquí, por el contrario, se ha querido construir un monumento permanente. Por desgracia los planos no han sido trazados con la seguridad y el acierto que eran de esperar y aconsejaba la experiencia. Además del palacio de la Industria que ocupa toda la plaza Marigny, ha sido necesario edificar sobre el muelle una galería anexa, aunque provisional, de 1,200 metros de largo, midiendo una superficie igual á las dos terceras partes del palacio principal, y enteramente separada de él por un espacio plantado de árboles y una rotonda consagrada á un panorama.

A pesar de esta añadidura todavia era evidente la insuficiencia del espacio, y ha debido construirse un piso interior á la mitad de esta galería supletoria. No que-

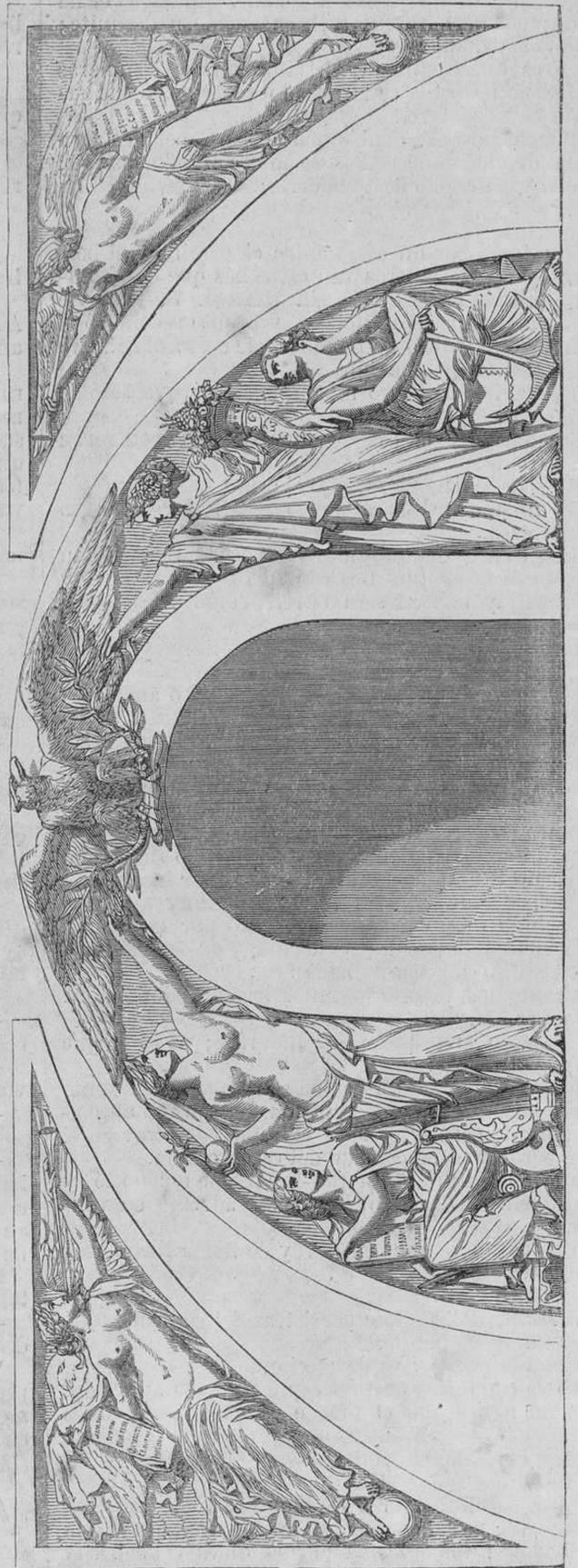
dando aun satisfechas todas las necesidades, el plan primitivo ha debido sufrir otra modificacion para hacer obviar una nueva insuficiencia reconocida. La vasta rotonda del Panorama ha sido convertida en centro de una galería de union entre el edificio principal y la galería de la orilla del rio, que hace desaparecer ese incómodo aislamiento; pero á donde se llega por medio de un ancho camino sobre un puente, notable incomodidad para los curiosos que estarán obligados á subir y bajar las escaleras; sin contar con el inconveniente de que esta multitud tendrá que derramarse precisamente en medio de una corriente de circulacion en una galería de 1,200 metros, debiendo, como es natural, recorrerla en toda su longitud. Tal es á estas horas el último término de esta serie de planos. Las talas considerables y en extremo sensibles de los viejos olmos de los Campos Eliseos han hecho los primeros gastos de su progresiva invasion. Como resultado del desarrollo general de estos diferentes planes, el gran palacio de la Industria, la galería supletoria de la orilla del Sena, la añadidura de un primer piso, y por último el Panorama y la galería de union, dan á la Exposicion una superficie total de 89,000 metros. La del palacio de Cristal de Londres era de 86,000 formando



un solo conjunto. Cuando en Paris se adoptó la idea de un edificio permanente para las exposiciones; cuando se decidió colocar este monumento sobre el borde de la arboleda triunfal de los Campos Eliseos, y destruir tan hermosas alamedas para descubrir su fachada, parecia que los autores de la idea tenian razon en no quererse encerrar en el círculo de lo útil puramente, pues se trataba nada ménos que de dotar á la capital de una nueva magnificencia; mas esta esperanza no se ha realizado. El palacio de la Industria es una enorme fábrica desprovista de estilo, que llena los Campos Eliseos, pero sin adornarlos. Hubo un momento, durante su construccion, en que pudo creerse que la proximidad de los árboles que le rodeaban, perjudicaba á su efecto arquitectural, pero estos árboles ya han desaparecido y el aire no ha descubierto las bellezas prometidas. La sencillez y la sobriedad de adornos se hallaban naturalmente indicadas en el interior, donde reina el hierro. Los únicos adornos monumentales que figuran son dos inmensas vidrieras pintadas por M. Marechal, de Metz, colocadas en las dos extremidades superiores del salon grande. Antes de considerar este interesante trabajo en sí mismo, vamos á decir dos palabras sobre el empleo de este sistema



de embellecimiento que no nos parece muy feliz en el caso presente. En nuestro juicio este sistema adolece de dos inconvenientes; el primero es el de tener la exposicion vidrieras al Oriente y al Poniente, lo cual hace que los rayos solares las atraviesen de una manera variable en los diversos períodos del dia. Estos cambios de luz, en cuya virtud los vidrios de colores se iluminan ó se apagan sucesivamente, y que sin duda se encuentran en un sinnúmero de edificios religiosos, perjudican á la justa apreciacion de la obra del artista, y además, esparcen en el salon rayos de luz de diferentes matices cuyas reverberaciones podrian tal vez alterar el efecto de los colores delicados de ciertas telas expuestas. El segundo inconveniente consiste en que la magnitud de las figuras de estas vidrieras, que vistas de un extremo al otro de la nave conservan aun sus proporciones colosales, tiende á reducir por comparacion las proporciones de



la capacidad interior, á la cual era necesario dejar todo el efecto de su grandeza y extension. VIDRIERAS DE M. MARECHAL, DE METZ. Estas dos grandes vidrieras ocupan el espacio comprendido entre unos arcos de cuarenta y dos metros de abertura. El asunto de la primera de estas dos composiciones es la Francia convidando á las demás naciones á la Exposicion Universal. Está sobre un trono á cuyo pié descansan el Arte teniendo en sus manos una lira, y la Ciencia sosteniendo un globo celeste. A la derecha, la industria del Oriente está representada por un pastor y tres mujeres que llevan un pañuelo de la India, un jarron de la China, piedras preciosas y las armas de la Arabia. A la izquierda, la industria del Occidente se halla representada por un herrero y tres mujeres con una caldera de vapor, un telégrafo eléctrico y un telar mecánico. — El asunto de la segunda es la Equidad presidiendo al

Adornos esculturales del Palacio de la Industria.

acrecentamiento de los cambios. La Equidad, teniendo en la mano una balanza y la marca manufacturera, está sentada sobre un trono á cuyo pié reunen sus atributos el Arte y la Ciencia. A la derecha, la Inglaterra lleva un pañuelo de la India, y apoya su mano sobre un jarrón de la China; la India recibe la caldera de vapor; la China observa con curiosidad la esfera del telégrafo eléctrico, y el pastor levanta un cuerno de la abundancia, del cual se derraman los productos manufacturados del Occidente. A la izquierda, la Francia, lleva un chal y unas armas argelinas, y sirve de apoyo á la Arabia que ha recibido el telar mecánico. La Italia, envuelta en un manto de crespon, presenta una pila cuyo alambre conductor va á parar á la esfera que sostiene la China: el herrero se apodera de un cuerno de la abundancia lleno

de frutos y de primeras materias del Oriente. — Tal es el programa que se propuso M. Marechal para la ejecución de sus vidrieras.

Nosotros experimentamos un sentimiento de amargura siempre que vemos á un artista de mérito en lucha con las dificultades de una obra estéril, de una obra impotente y sin acción simpática posible sobre las masas. Llámese á todos los grandes pintores que han ennoblecido el arte, y que pongan en ejecución el precedente programa. Por grandes que sean su genio y habilidad, no harán sino una obra fría y sin interés, porque es imposible apasionarse por la representación de una vaga generalidad, desprovista de pasión, sin movimiento, sin realidad viva. La alegoría, ese juego ingenioso de la imaginación, ha podido ser en ciertas épocas una feliz extensión del arte, cuando siendo la vida poco complicada, podían los artistas, por medio de

imágenes sencillas, fáciles y al alcance de todos, expresar los diferentes aspectos bajo los cuales se manifiesta, ó algunas nociones comunes como las de los tiempos, las de las estaciones, etc... cuando los

símbolos, tales como la segur del tiempo, el tridente de Neptuno, el caduceo de Mercurio, las espigas y la hoz de Ceres... objetos muy conocidos de todo el mundo, venían en socorro de la concepción rápida é instantánea de la alegoría. ¡Cuánto dista todo esto de ese no sé qué que se observa en la figura de la Equidad, y que es la *marca de fábrica*;

de esa esfera que examina la China, esfera del telégrafo eléctrico cuyo alambre imperceptible parte de una pila que muestra la Italia á la extremidad opuesta de la composición! La falta de fuerza que la alegoría derrama sobre la obra del artista, se hace sentir tam-

bien en los detalles de las composiciones de M. Marechal. Cuanto mas abstractas se quieren hacer las figuras de estas composiciones, tanto mas se hacen insignificantes por una necesidad fatal; y por el contrario, cuanto mas se alejan de la abstracción, como el talento del artista recobra un libre vuelo, tanto mas valor é interés relativo adquieren bajo su mano, merced al elemento verdadero que pudo introducir en ellas.

Que se compare, sino, la figura de la Equidad con las muchas de las mujeres que represen-



Vidrieras de M. Marechal, de Metz, en el Palacio de la Industria. — Lado del Oeste.



Vidrieras de M. Marechal, de Metz, en el Palacio de la Industria. — Lado del Este.

tan el Oriente, con las del pastor ó la del herrero, y la diferencia se hará mucho mas notable. Esta última figura del herrero, en el primer asunto, es de un dibujo atrevido; la cabeza es valiente. El grupo de las tres figuras orientales, una de las cuales lleva un pañuelo de color de lila, con grandes palmas de un trabajo primoroso,

está muy bien entendido; su aspecto es agradable, y sus tintas dulces y armoniosas. El conjunto de estas composiciones, admitido el principio, no carece de unidad y es satisfactorio: con

todo, hay una figura que sorprende á primera vista por su extraña posición: es la del pastor, que parece estar caído de espaldas bajo el peso del cuerno de la abundancia, de donde manan una multitud de objetos manufacturados, de instrumentos de matemáticas, ejecutados con mucho gusto y precisión.

El sistema antiguo de la pintura de vidrieras en su buena época, no temía el brillo crudo de los colores; pero intentaba llegar siempre á una especie de armonía, por medio del fraccionamiento multiplicado, y por el chispeo de pequeños campos coloreados sobrepuestos. En el sistema moderno, con las grandes composiciones donde las figuras se destacan del fondo y adquieren toda su importancia individual, nadie se atreve ni á arrojarse en medio de ese brillo, ni á renunciar á él, y no se hacen más que cosas chocantes y sin armonía. Sin embargo, algunos grupos de las vidrieras de M. Marechal, tratados con tonos quebrados, prueban que podría llegarse á un todo armonioso, empleando con inteligencia la limitada paleta del pintor de vidrieras pero con la diferencia de que lo que entonces se gana en la dulzura de los tonos, se pierde necesariamente en el brillo y valentía que parecen ser lo principal en esta clase de obras. A nuestro modo de ver, el método suave y sereno nos parece preferible cuando se trata de grandes figuras, y cuando se quiere evitar la confusión, que era un defecto y al mismo tiempo, (con relación al efecto del conjunto) una cualidad de las vidrieras antiguas. Para juzgar concienzudamente las vidrieras de M. Marechal, es preciso tener en cuenta la acción más ó menos favorable de la luz, y no olvidar que hay una circunstancia permanente que las favorece poco, á saber: la de estar colocadas en un espacio lleno de luz, en vez de estar en un edificio cerrado como las vidrieras de las sombrías catedrales.

ESCUPTURAS DE LA FACHADA DEL PALACIO DE LA INDUSTRIA. Las diferentes esculturas que reproducimos hoy, son copia de las que adornan la puerta monumental del pabellón central, que da frente á la grande arboleda de los Campos Elíseos. Ya hemos dado en otra ocasión (véase el n.º 120) con toda exactitud, el conjunto de esta fachada, y por este grabado, todo el mundo puede juzgar del defecto de proporción que aquí se encuentra. La vista no se detiene en parte alguna satisfactoriamente. En medio de esta puerta de honor, de esta bóveda ancha, inútil en forma de pórtico, vienen á inscribirse tres puertas de entrada, de las cuales las dos laterales, pequeñas y estrechas, parece que no tuvieron terreno para extenderse. Las columnas apareadas están sostenidas por un pedestal que contra todas las proporciones y reglas de arquitectura, las excede en elevación y es tan alto como el primer piso. Para neutralizar la pesadez de este pedestal, su base va adornada con una piedra cuadrada de mármol oscuro, que teniendo á cierta distancia el mismo tono que las ventanas del primer piso, simula una abertura más inexplorable en este lugar y en entero desacuerdo de forma y aineación con las ventanas que quedan más bajas. La cornisa de la parte saliente del edificio se apoya y toma arranque contra el calado de las hojas del capítulo de las columnas. Todo el aparato gigantesco de la puerta triunfal es un chapeado sin ninguna relación simétrica con la fachada en donde figura. Diríase que, á derecha é izquierda de esta masa colosal, se necesitarían paredes macizas y sólidas para asestarla y sostenerla; pues en vez de eso, descansa sobre una fachada calada, por decirlo así, atravesada por ventanas tan juntas como los agujeros de una criba, ventanas tanto más inútiles, cuanto que se distingue por encima de ella la inmensa techumbre de vidrio que inunda la nave de una luz más que suficiente. Esta interminable repetición de ventanas sobrepuestas en todo el largo de las fachadas, sin ninguna alternativa de llenos para romper su monotonía y detener la vista, es nociva al efecto exterior de la arquitectura, y por otra parte en el interior, hacia tan poca falta para dar la luz á los productos expuestos, que ha sido forzoso tapiar una gran parte en la fachada misma que mira á los Campos Elíseos.—No continuaremos nuestras observaciones sobre el palacio de la Industria, al que por otra parte los arquitectos dirigen críticas mucho más severas.

La puerta monumental de que acabamos de hablar, está coronada por un grupo colosal de la Francia, de pie y con los brazos extendidos distribuyendo coronas. Sentadas á sus pies hay dos figuras alegóricas, la una, en actitud meditabunda que representa el arte, y la otra, apoyada en una bigornia con un martillo en la mano que representa la industria. Este grupo, poco susceptible de una grande significación, está bien proporcionado, y á la altura en que se halla colocado, parece hallarse ejecutado de una manera satisfactoria: es obra de M. Elias Robert.—En las dos extremidades hay dos grupos de genios de pie y apoyados sobre escudos de armas con una corona sobrepuesta. Estos graciosos niños son obra de M. Diebolt.—Los diversos grupos precedentes descansan sobre un ático que tiene en toda su longitud un piso esculpido que representa, por una serie de figuras simbólicas, la agricultura, las artes mecánicas é industriales y las bellas artes. Este bajo relieve pertenece á M. Desbœufs. Los grupos están dispuestos con una simetría muy paralela.—Sin embargo su aspecto es bastante agradable, y habría muchas cosas que elogiar en ellos si las imitaciones no fuesen tan visibles. Citarémos entre otras el hombre que está delante del caballo, reminiscencia evidente de una figura análoga del dibujo de Géricault, que se halla en el museo del Louvre.—Las Famas de los tímpanos de derecha é izquierda, encima del arco grande son obra

de M. Diebolt. La de la izquierda está bien ejecutada; la pierna izquierda de la de la derecha nos parece bastante dura. Estas dos figuras, de muy poco realce, están como ahogadas por la pesadez del medio punto; pesadez que sin duda se ha querido aligerar esmaltándola de florones, que á nuestro modo de ver es un género de adorno mal concebido, y de un efecto pobre y de mal gusto sobre el gran centro de esta bóveda.—Sobre el pórtico, la ventana grande que hay encima de la puerta central, está coronada de un águila, y flanqueada de grandes figuras alegóricas. Estas esculturas, á medio acabar, son obra de M. Vilain. La inferioridad de estas figuras es tanto más visible, cuanto que están más cerca y más en frente de los espectadores; los cuales podrán examinarlas detenidamente mientras esperan á pasar por la estrecha entrada, del molinete.

Para terminar esta rápida ojeada de los ornatos exteriores de la fachada del palacio de la Industria, mencionaremos aun los medallones esculpidos encima de las ventanas del primer piso, representando las cabezas de los grandes hombres. Algunos de estos medallones son ridículos en sumo grado; tal es el de Newton, cuya cabeza se parece á la de una vieja con peluca: las facciones de Miguel Angel son muy conocidas generalmente para presentar una cabeza tan insignificante como la que aquí vemos.

La pintura en esmalte ha suministrado un nuevo género de adorno. Encima del pórtico hay seis pequeños medallones, representando á Alejandro el Grande, César, Leon X, Carlomagno, Carlos V y Napoleon, como modelos extraordinarios perdidos en medio de esta inmensa fachada de piedra. Estos medallones y cuarenta y dos más destinados á diferentes pabellones, han sido ejecutados sobre barro cocido esmaltado, por el jóven artista M. Devers, tan ventajosamente conocido por sus trabajos en este género de pintura. D. P.

Los caraitas de la Crimea.

No hay viajero alguno que haya recorrido la península Táurica, que no hable con un interés especial de la notable secta judaica de los caraitas, la cual cuenta, incluyendo las corporaciones subalternas, unas 12,000 almas, y en toda la Crimea á lo sumo 4,000, cuya residencia más importante es Tschufut Kale (castillo de judíos) cerca de Baktshisarai, antigua capital de los khanes de la Tartaria.

La denominación caraitas, ó caraeos, en hebreo karaim, es en su acepción vulgar una derivación de la voz hebraica Mikra (escritura santa), y según otros del árabe, que significa escudriñador de la escritura. La secta de los caraitas, opuesta á la de los talmudistas, sigue exclusivamente la Biblia y rechaza las interpretaciones arbitrarias y ridículas de los rabinos, datando su origen del siglo VIII, en cuya época comenzaron los moslems á descartar los abusos que habían ido introduciéndose en su religión.

Formóse esta secta, según parece, allá en el siglo VIII de la era cristiana, designando la historia como primer jefe de ella á un tal Allan ben-David, y se ha esparcido en el transcurso de los tiempos sobre todo por Egipto, Siria, Constantinopla, Rusia y en Galitzia.

Allan-ben-David era un sabio eminente, sumamente versado en la Sagrada Escritura, en la Mitschna y en el Talmud, y no menos instruido en otras ciencias; tuvo empero que ceder á un hermano suyo menos aventajado en el saber el puesto de jefe de la secta. Contaba, sin embargo, con un número considerable de adeptos, los cuales le contemplaron como un profeta, y un verdadero oráculo. Por largo tiempo pudo Allan ocultar su proselitismo, pero finalmente fué descubierto y reducido á prisión, en la cual esperaba por momentos caer bajo la cuchilla del verdugo. Un árabe encarcelado á la vez con él, y á quien había enterado de todo, dióle el consejo de pedir una audiencia para el califa Abu-Ghifar-Almanzor á fin de ponerle de manifiesto la antigüedad que cuenta ya la oposición contra las gratuitas innovaciones en el texto del Talmud: el crecido número á que ascienden ya los antagonistas de los rabinos, y la necesidad de organizar los fieles á la doctrina pura y únicamente verdadera, nombrando al efecto una autoridad competente. Allan escuchó este consejo, y como consiguiese ser recibido en audiencia particular del Califa, logró convencerle de la bondad de sus principios y tendencias, concediéndole este desde luego su más decidida protección. Parece que por sus observaciones astronómicas fundó la objeción principalmente en las relativas á la corrección del calendario, con cuya opinión se manifestó el Califa muy conforme; sin embargo de todo, el favor de este se redujo á que mediante una crecida suma de rescate se le pusiera en libertad, dándole á la vez la orden de abandonar con sus afiliados el territorio hebreo de Babilonia, y de trasferirse á la Palestina. Todo esto es muy característico del califa Almanzor, el cual amaba tanto el dinero como el estudio de la astronomía, y que al propio tiempo quiso ser justo, de modo que con su providencia satisfizo las tres aspiraciones simultáneamente.

De esta época (754 años después de Jesucristo) data la institución (acaso solamente restauración) de la nueva secta designada con el nombre de Caraismo. Crean en la unidad divina, tal como la enseñó Moisés, en la vida perdurable, en la resurrección de los muertos, en la libre voluntad humana, regida por los preceptos consignados en la Escritura Sagrada, á fin de que los hombres lleguen á gozar la verdadera, bienaventuranza.

De los que padecen, y son desgraciados, dicen que no por esto les ha abandonado Dios, sino que el Padre Celestial, lleno de amor, quiere por el camino del dolor é infortunio conducir al extraviado á la virtud, ó robustecer cada vez más en ella á los que la practican. Rechazan todas las tradiciones de los rabinos, pretendiendo que solamente la ley de Moisés es la fuente única y eterna de toda vida religiosa, y base de la jurisdicción civil. En el transcurso de los tiempos no han podido empero prescindir de formarse otro edificio tradicional; pero á pesar de todo permanecieron constantemente fieles al grande principio de no permitir á sus maestros la arbitraria interpretación de la Escritura Santa, y sin tener en cuenta lo que los doctores antiguos y autorizados consignaron.

A poco de haber llegado Allan á Palestina constituyó su secta, mas no se sabe en qué punto, y fué proclamado jefe de ella con el título de Nasi. Tuvo por sucesor á su hijo, y á este siguieron con el propio título otros muchos en su cargo, hasta que al cabo de algunos siglos fué reemplazado con el Chocham.

Las aspiraciones de esta secta no eran las riquezas, el fausto y el brillo del mundo, habiendo sido por el contrario su tendencia predominante el amor á las costumbres rigurosamente morales-religiosas. La agricultura, el ejercicio en las artes mecánicas, y el tráfico con artículos de primera necesidad, constituían los principales ramos de industria de los primeros caraitas establecidos en Palestina, y probablemente también en parte de los de Jerusalem: la Sagrada Escritura con algunas ciencias en consonancia con ella, su estudio más preferente.

Después que los caballeros cruzados conquistaron á Jerusalem, emigraron parte al Oriente, parte á Egipto y Grecia; otros vinieron á parar á Berbería y de allí á España, de donde fueron sin embargo expulsados. Algunos siglos después establecieron comunidades de esta secta en Haleb, Damasco y en otros lugares de la Siria, en las provincias occidentales de los tártaros, en el imperio bizantino, en Berbería, en Fez y Marruecos, y aun como nómadas en el Atlas. La residencia del Nasi, cuya dignidad se sostuvo con este propio nombre durante novecientos años próximamente, fué más tarde el Cairo.

La historia de los caraitas es, con las escasas pretensiones que hacen al mundo, también muy pobre en hechos notables. El razonamiento y las controversias relativas á su protesta contra las falsas interpretaciones de la Sagrada Escritura hechas por los rabinos, y en la cual insisten tenazmente desde Allan, constituye, ya general, ya parcialmente, casi el exclusivo blanco de sus tareas literarias. Cuantas obras han sido escritas por ellos, figurando entre las mismas algunas muy voluminosas de contenido dogmático, filosófico, histórico, exegético y gamático, unas en idioma árabe, otras en hebreo-árabe, todas, todas tienen la misma tendencia; de aquí la razón porqué su literatura lleva preferentemente el sello de los intereses de una lucha de partidos, y de que jamás sean sus producciones hijas de un espíritu independiente, ó contengan alguna novedad.

El aumento del número de judíos rabinos en las comarcas en que se hallaban establecidos los caraitas, fué muy perjudicial para ellos, y acaso la causa principal de su decadencia desde la consolidación del dominio turco. No menos contribuyeron también á esta mengua los incidentes de la guerra y el paso sucesivo de algunos individuos á los rabinos, habiendo en tiempos de Ibrahim, sucesor de Maimónides, convertido al rabinismo una comunidad entera, ejemplo que en tiempos posteriores no volvió á ocurrir. Muy pocos son los que han abrazado el cristianismo ó islamismo. A consecuencia del desfallecimiento paulatino de esta secta presentóse también un inmediato decaimiento de su actividad espiritual; y aun cuando hayan tornado siempre al campo de la Sagrada Escritura, ha tomado el renombre de las antiguas obras de sus doctores un ascendiente tal, que los preceptos y doctrinas consignadas en ellas son reputadas como santas; habiendo por consiguiente cualquier conculcación, por remota que fuera, originado entre ellos disensiones de carácter muy grave. Así es que la cuestión de si en vista de la ley de Moisés, que prohíbe se encienda fuego el día de sábado, se puede ó no en la víspera del mismo tener luces, lo que uno de sus más célebres escritores contestó afirmativamente (año 1570 en Constantinopla), tuvo por resultado la subdivisión de la secta en dos partidos, admitiendo el uno la creencia de que se puede encender luz, mientras que el otro pretende que no.

El número total de los caraitas asciende actualmente en la provincia rusa de Wilna establecidos en Torok, Ponievies y en Luzk, á unos 500, en Galitzia á 150 próximamente, en Odesa á 200 poco más ó menos, y en la península de la Crimea á unos 4,000, en donde residen exclusivamente en Tschufut Kale. Existe asimismo una comunidad bastante numerosa de estos sectarios en Constantinopla, otra en Jerusalem, otra en Alejandria, y varias en la Persia. En donde su número es algo reducido son bastante pobres, manteniéndose generalmente con el cultivo de las tierras, cría y comercio de caballos, mientras que en grandes comunidades hay comerciantes y labradores muy bien acomodados. En su aspecto exterior tienen mayor semejanza con los naturales que con los demás judíos de la respectiva comarca, y si hay alguna diferencia, consiste en el corte del traje de los hombres, y en la grande barba que gastan. En donde quiere que sea viven muy aislados, siendo observadores mucho más rígidos de

sus hábitos y costumbres que los rabinistas, con los cuales no quieren comer, porque consideran poco limpios sus manjares, puesto que para ellos no puede haber nada que merezca esta calificación que no hubiera muerto su Chacham. Es este bajo todos conceptos su dueño y señor: con su autorización se contraen matrimonios y tienen lugar divorcios; él ejecuta la circuncisión de los niños, es juez árbitro y de paz en las contiendas y disensiones en las familias, sometiéndose los litigantes gustosos á su fallo y sentencia. Predica muy frecuentemente en lengua tártara y en estilo exegetico casi siempre: tambien pronuncia discursos fúnebres si se le encargan. A causa de la severidad de sus costumbres, no es el caraita accesible á extrañas influencias, ni es dado á la ciencia de los extranjeros; sin embargo, no se crea por esto que los caraitas son acaso enemigos del saber, lo cual prueban evidentemente sus producciones literarias, en las cuales descuellan un conocimiento bastante profundo en astronomía, filosofía, gramática y aritmética; aman asimismo la musa al gusto árabe y hebraico. En tiempos mas modernos se han tambien dedicado á la lectura y al estudio de obras científicas escritas en idioma hebreo por otros judíos; tienen una tendencia manifiesta al progreso, y no omiten gastos para adquirir obras selectas y provechosas, ni para la impresión de sus manuscritos, para lo cual tienen casi siempre que luchar con dificultades, efecto del aislamiento en que viven.

Los caraitas tienen un gran número de oraciones, tanto que las que diariamente han de decir duran, aun recitadas con extraordinaria velocidad, cuando ménos una hora; las correspondientes al sábado y demás dias festivos requieren mas de cuatro. El órden que al efecto siguen hoy dia data del siglo XIII, habiendo sido estas mismas oraciones en su mayor parte compuestas de versículos de la Biblia, y en el trascurso de unos siete siglos adicionadas con apéndices poéticos de autores conocidos ó apócrifos. En sus sinagogas leen el Pentateuco, ó sea coleccion de los cinco primeros libros de la Biblia, pero siguiendo un órden que discrepa bastante del rabino, y segun parece, es obra de un discípulo de Allan. El dia octavo de la fiesta de los tabernáculos, que en el culto caraita viene á ser el último, celebran la fiesta de conclusion; pero el siguiente en que los rabinos solemnizan la fiesta de las Leyes, destinan los caraitas para el ayuno del séptimo mes que menciona Zacarías el profeta. Los que son nombrados para leer el Pentateuco, leen á veces tambien del libro de Leyes, y dos haphtaroths (lecciones finales) son trozos de la Biblia compilados y redactados en las comunidades caraitas de Polonia y la Crimea en idioma tártaro. Tal como sucede entre los demás judíos, no tienen tampoco lugar entre estos lectura alguna del Targo, ó sea comentario caldaico del texto hebreo del antiguo Testamento; solo el séptimo dia de Pascua y el primero de Pentecostes se lee á veces una version en lengua del país. En las devociones domésticas, particularmente el sábado, suele haber pláticas como lo practican tambien los otros judíos, denominándose los oradores respectivos darschans.

Los caraitas ayunan con suma frecuencia, tanto que hay muchos que no dejan pasar ningun lunes ni juéves en todo el año sin sujetarse á esta mortificación. Los cementerios los visitan muchas veces al año, en donde se entregan horas y horas á la oración en conmemoracion de los difuntos. La gente mas acomodada emprende tambien peregrinaciones á la Palestina para visitar los sepulcros de los patriarcas en Hebron. Nadie toca muerto alguno, excepto las pocas personas que ejercen el oficio de amortajar; pero encerrado una vez en el ataúd, lo conducen los mas allegados en hombros al lugar de descanso en la madre tierra. Los preceptos de purificación y los lavatorios son mirados entre ellos como actos muy sagrados, y todos los hijos varones son hasta la edad de siete años *nasirs*, como llama la Santa Escritura á los que hacen voto de renunciar á beber vino. Al cumplir ya los ocho años de edad son presentados en el templo. Entónces se les corta por primera vez el pelo, beben un cortadillo de vino, fermentándose esta solemnidad con una comida mas ó ménos opípara, segun las facultades de la respectiva familia, y desde aquel dia cuidan exclusivamente de su educacion los hombres.

En cuanto á los usos y costumbres, son los caraitas por demás tímidos, escrupulosos y rígidos hasta en las cosas mas nimias, y por esta razon repugnan tanto el servicio militar y procuran librarse de él pagando crecidas sumas. Su conducta civil es ejemplar bajo todos los conceptos; y como son tan caritativos y generosos con los necesitados, no han menester estos de medios violentos para remediarse. Cuatro siglos han trascurrido y no se tiene noticia que un solo caraita haya sido juzgado por delincuente, y la honradez y probidad del comerciante caraita es tan cumplida, que su palabra vale tanto como una promesa formulada por escrito. El gobierno ruso los trata con particular deferencia, habiéndoles concedido varias preeminencias y exenciones que los demás judíos no disfrutaban.

El punto céntrico y residencia principal de los caraitas en Crimea es como ya hemos mencionado Tschufut Kale (que quiere decir fortaleza de los judíos), una de las pocas cuando no única poblacion de la tierra habitada exclusivamente por judíos. Hállase esta ciudad situada como á media hora de distancia de Baktschisarai, antigua capital de los kanes tártaros, y sobre la cresta de una de las mas elevadas montañas breñosas de la Crimea, al extremo de una cañada que vienen formándola un enjambre de peñascos de formas rarísimas y

hasta fantásticas, si nos es lícita esta metáfora, presentando su fragosidad extrema un precioso contraste con los florecientes jardines, bien cultivadas huertas, y risueñas praderas del valle. El camino que conduce á esta ciudad de riscos es desde el pié de la montaña sumamente escarpado, tanto que cuando se llega ya cerca de la puerta hay un trozo que los caballos para trepar por él tienen materialmente que encabritarse. La formidable puerta de hierro tiene mucha semejanza con aquellas de los castillos de la edad media, y un sin número de cuevas sombrías que sirven á los caraitas para encerrar en ellas su ganado, reciben por decirlo así hostéjando al fatigado caminante. En la parte E. de la ciudad existe otra puerta tambien de hierro, y una elevada muralla que defiende la poblacion. Las casas, en su mayor parte construidas de grandes trozos de piedra, son muy pequeñas, bajas y sin ventanas, pero tienen azoteas al estilo de Oriente y patios circundados de tapias muy altas. Los dinteles y jambas de las puertas, generalmente muy estrechas, son de piedra á medio desbastar, formando la hilera de las casas, ó mas bien cavernas, calles angostas y tortuosas, cuyo pavimento es la peña viva sobre la cual han sido construidas aquellas viviendas. No tropieza la vista en árbol ni mata alguna que mitigue un tanto el triste aspecto de desnudos peñascos. La sinagoga es un edificio muy sencillo, parecido en un todo á la que tienen los otros judíos, y existen en ellas copias antiquísimas del Pentateuco, escritas sobre pergaminos, que arrullados se guardan dentro de unas cajas magníficas forradas de terciopelo carmesí, y provistas de preciosos adornos de plata.

No hay mas que dos entradas á esta tan originalísima ciudad, cuyas puertas se cierran de noche cuidadosamente. El agua se transporta á Tschufut Kale en mulas y burros, teniendo al efecto unas cubas de forma especial, ó grandes botas.

Hay para atajar el camino á la fuente situada en la parte baja de la montaña una escalera abierta en la peña viva. Saliendo ya del estrecho desfiladero que de Baktschisarai lleva á Tschufut Kale, se llega súbitamente á un sitio algo mas despejado cubierto de majestuosas encinas y hayas, é introduciéndose despues por un sendero conduce este serpenteándose á través de la espesura á un laberinto de sepulcros, que tienen la forma de sarcófagos con epitafios en caracteres hebreos. Hé aquí el valle de Josafat, que sirve hace ya muchos siglos de cementerio á los caraitas. A la media hora de camino próximamente se ven á derecha é izquierda sepulcros, cuando de repente termina este fúnebre valle al borde de un horrendo precipicio desde cuyo punto se disfruta una vista encantadora sobre una campiña fértil sumamente risueña é interesante por la gran variedad del cuadro. Siguiendo la loma de aquellas peñas calizas se viene á parar á un punto en donde la parte opuesta ofrece una vista aun mas imponente. Mientras que por el lado derecho corona la mas inmediata altura la medio ruinosa fortaleza de Tschufut Kale, descuellan sobre una eminencia de enfrente el convento de monjas de Tlspenskoï, ó de la Asuncion de Nuestra Señora, cuyos edificios tienen el aspecto de palomares suspendidos en el aire. Cuando los kanes tártaros trasladaron su residencia de Tschufut Kale al llano del delicioso valle, quedó esta poblacion exclusivamente para los caraitas, los cuales encontraron en ella siempre un seguro refugio en tiempos de persecucion. Dice L. Oliphant, viajero inglés que visitó la Crimea en 1832, que el número de visitantes en Tschufut Kale habia menguado mucho desde que el movimiento mercantil en aquel país ha tomado mayor impulso, y que la colonizacion en pueblos mas cómodos y terrenos mas fértiles ha sido promovida por el gobierno moscovita. Una gran parte de los moradores de Eupatoria, ciudad marítima, ocupada recientemente por las tropas aliadas, consta de caraitas, sabiendo su número al presente á unas 2,000 almas, contándose entre ellos muchos comerciantes de no escasa fortuna. El templo que allí tienen es de dimensiones bastante considerables, y viene á ser uno de los edificios mas notables de la ciudad. Rodéanle bosques preciosos en cuya espesura comen cuando la festividad llamada de los Tabernáculos, y que los judíos celebran el 5 thisri (marzo) bajo tiendas, como sus padres en el desierto. Las tribunas que ocupan en el templo las señoras tienen un enrejado muy espeso. Un profesor de sanidad militar del ejército expedicionario francés en la península Táurica decia en un artículo de costumbres de los habitantes de aquel país, que dirigió á un periódico de Paris, que los caraitas se congregaron en octubre del año próximo pasado para solemnizar la fiesta de la reconciliacion un dia mas tarde que los judíos rabinos, de cuya secta existe tambien una comunidad en Eupatoria. Indica el mismo corresponsal que el traje de aquellos es, enteramente el mismo que el que gastan los tártaros mahometanos, cuya lengua tambien hablan, y aun siguen en un todo sus hábitos y costumbres mas generales, mientras que los demás judíos alemanes ó polacos tienen unas costumbres parecidas á las de la clase baja de los habitantes de Alsacia, y el idioma viene á ser un alemán hebraico muy corrompido.

Un concierto monstruoso en 1615.

Las grandes fiestas musicales son muy comunes en el dia, y cuentan ya mas de dos siglos de existencia, segun el *Abondbade*, que describe un concierto monstruoso dado en 13 de julio de 1615 en Dresde por órden del elector Juan Jorge de Sajonia.

Este concierto era el episodio de Holofernes: la letra fué escrita por *Matheseus Pthauenenkern*, y compuesta la música por el chantre de la corte Hilario Grundmaus. El elector quedó tan satisfecho del programa del compositor, que le regaló cinco toneles de cerveza, con encargo particular de que nada escaseara.

Todos los artistas de Alemania, [de Helvecia, del país de Vaud, de la Polonia y de la Italia, fueron invitados á tomar parte con sus discípulos en la gigantesca fiesta musical de Dresde, donde, desde el 9 de julio de 1615, dia de san Cirilio, se hallaban reunidos 576 instrumentos y 919 coristas, sin contar los aficionados de Dresde.

Los instrumentistas llegaron armados de piés á cabeza con todos los instrumentos conocidos en aquella época y con otros muchos de nueva invencion nunca vistos en Dresde. Un tal Rapotzky, de Cracovia, llevó en un carro tirado por ocho mulas una verdadera máquina de guerra musical, un enorme contrabajo que tenia siete anas de alto. El artista de Cracovia habia adoptado muy ingeniosamente para su instrumento una escalera que le permitia dar vueltas desde la punta del mango hasta la puentecilla de su contrabajo, pasando su arco por las tres cuerdas (probablemente otros tantos cables de nave). Un estudiante de Witemberg llamado Rumpier se habia encargado de cantar la parte de Holofernes, con la condicion de poder entrar en voz en la taberna humedeciendo su gáznate de artista con un mar de cerveza á costa del ordenador de la fiesta.

Tomadas todas las disposiciones, y llegado el dia tan deseado, todos los artistas ocuparon sus respectivos puestos: la orquesta estaba colocada al lado de un bosquecillo; todas las colinas inmediatas estaban coronadas de espectadores que habian acudido hasta de los países mas remotos para disfrutar de tan original como atronadora armonia. Y teniendo que el bajo de Rapotzky no dombase bastante los instrumentos y las voces, el chantre Grundmaus inventó otro, que encontró en el mismo sitio, en forma de molino de viento, entre cuyas aspas colocó gruesos cables, que cuatro artistas situados en los ángulos se encargaron de hacer roncar, frotándoles con un gran pedazo de madera dentellado.

A un lado de la orquesta habia un gran órgano cuyas teclas agitaba á puñetazos el padre Serapion, y para timbales, en reemplazo de una caldera de cervicero, que el chantre Grundmaus habia creído de mucho efecto, hizo colocar el elector algunas bombardas, cargadas por el polvorista de la corte, que las disparó segun requeria la partitura.

La ejecucion produjo un efecto mágico. La *prima donna* Bigazzi, de Milan, se distinguió por los gorgoritos que en abundancia hizo, pero se esforzó en tanta demasia, que espiró tres dias despues del concierto.

El primer violonista de la época, Juan Scioppa de Cremona, ejecutó con el instrumento á la espalda varias piezas concertantes. El chantre de la corte fué gratificado por el elector con un barril de *Niersteimer* y 50 florines del país por el celo con que habia organizado el concierto, y por el maravilloso éxito que este habia tenido.

Exposicion Universal de bellas-artes.

El edificio provisional especialmente destinado á la Exposicion de bellas artes se halla construido bajo condiciones muy propias para el objeto. Esa vasta construccion, que por desgracia está situada algo lejos á la extremidad de la calle Montaigne y á poca distancia del muelle y de la bomba de apagar incendios de Chaillot, tiene 136 metros de longitud medidos por dentro, y 72 metros de anchura en una mitad; en la otra llegan á 93 por la añadidura de una galería lateral de escultura, ancha de 21 metros. Esta superficie, considerable ya, se halla aumentada por una galería en el primer piso que da la vuelta al edificio por tres lados. La construccion de este vasto conjunto de galerías consagradas á la Exposicion Universal de bellas-artes es debida á M. Lefuel, el hábil arquitecto encargado de la conclusion de las obras del Louvre. La fachada sobre la calle Montaigne que se ve en nuestro dibujo, presenta la forma de un medio círculo en el cual se dibujan siete vanos coronados de archivoltas con marco de arabescos ligeros. La puerta central da entrada á una primera galería ocupada por las pinturas enviadas de la Toscana, de la Suecia, de la Noruega y del Perú... Singular coincidencias entre producciones que viniendo de puntos tan separados en la tierra se reunen aquí para hablar el mismo lenguaje! Esta es ya una impresion que embárraza el ánimo, parecida á la que se experimenta en Roma en la basílica de San Pedro cuando se distinguen los confesonarios de las diferentes lenguas.

Las galerías se hallan desprovistas de ornatos, pero ¿para qué los necesitan? Su adorno consiste en los 5,000 objetos de arte que se hallan expuestos en ellas. El arquitecto trató ante todo de que hubiera una buena luz, primera necesidad de una exposicion de esta especie, y que se encuentra aquí plenamente satisfecha.

Basta por hoy; próximamente principiaremos nuestra excursion por ese mundo artístico tan complejo y tan interesante, no solo por la diversidad de las nacionalidades, sino tambien por las épocas diferentes de las obras que allí se ven, pues el pasado ayudará al presente á reconstituir en todo su valor los títulos de los artistas mas notables.

